

CUADERNOS Internacionales

SUMARIO

Alex COMFORT: Delincuencia y Criminalidad. — Emilio MU-
SE: La Población y los alimentos en el Mundo. — Eugen REL-
GIS: La Revolución y los Intelectuales. — André PRUNIER:
A propósito de una pretendida ciencia de la Revolución. — Emi-
lio UCAR: Roquentin Liberado. — J. CARMONA BLANCO:
"Los Justos": El fin y los medios. — B. MILLA: Poesía y
ejemplo de Miguel Hernández. — Stig DAGERMAN: España,
Miguel HERNANDEZ: Antes de morir. — PERSPECTI-
VA MUNDIAL. — Albert Camus: Por la libertad de España,
Sergio Romero: Delincuencia juvenil. — N. A.: Crisis de la
Clase Media. — B. M. N. La guerra y la política internacio-
nal. — J. Maline: Colectivismo libre en Palestina. — Rudolf
Rocker y el derecho de asilo.

RESEÑA — NOTAS

Xilografías de Juan Pardo

2

ABRIL - JUNIO DE 1951

MONTEVIDEO — (Uruguay)

Cuadernos Internacionales



COMITE DE REDACCION

BENITO MILLA — J. CARMONA BLANCO — N. ALBORNCZ

REDACTOR RESPONSABLE

ERNESTO MAYA (h)

CORRESPONDENCIA Y VALORES:

ERNESTO MAYA (h.) — Carlos Ma, Ramirez 143

MONTEVIDEO
Uruguay

Los artículos publicados bajo firma son de la entera
responsabilidad de sus autores

CUADERNOS INTERNACIONALES

#5-
2096

CRIMINALIDAD Y DELINCUENCIA

por ALEX COMFORT

El Dr. Alex Comfort es uno de los principales valores del movimiento anarquista inglés. Joven aún, ya se ha distinguido como poeta, novelista, crítico literario, sociólogo y psicólogo. Es profesor de Fisiología en el London Hospital, dependiente de la Universidad de Londres, y en pocos años ha llegado a los más altos rangos de la intelectualidad inglesa, en virtud de la originalidad de sus ideas, que suscitan los más vivos comentarios, tanto en pro como en contra. Algunas de sus disertaciones por radio, y especialmente las de hace un par de años acerca del anarquismo, tuvieron — y tienen — un persistente resón nacional. Pero, de sus libros, el que no ha suscitado controversia alguna, sino sólo elogios, ha sido el último, publicado a fines de 1950 por la editorial Routledge y Kegan Paul, de Londres, bajo el título de "Autenticidad y delincuencia en el Estado moderno. — Enfoque criminológico del problema del Poder". Comfort, en tal libro, ha estudiado con recursos de psiquiatra los diversos caracteres anormales, psicopáticos, que suelen aparecer en todo el campo de la política — dentro y fuera del recinto oficial del Estado —, a fin de dar la necesaria voz de alarma en cuanto a muchas actitudes típicamente criminales, que así pasan por "heroísmo revolucionario" como por "patriotismo" o por "defensa de la legalidad". A tal libro pertenecen las páginas siguientes, para cuya comprensión habrá que tener en cuenta que los ingleses, un tanto atrabiliarios, trastruecan el sentido de las palabras "delito" y "crimen" — con todas sus derivadas —, y así entienden por "criminalidad" la conculcación de las leyes positivas, y dan por "delincuencia" la latente o activa oposición psicopática a la sociabilidad fomentadora de la vida en condiciones de salud espiritual y material. Creemos que esta advertencia permitirá respetar el texto de Comfort sin confundir al lector.

La criminalidad consiste en la deliberada violación de una disposición mantenida por la ley mediante la amenaza de un castigo. Todo acto u omisión que entrañe el riesgo de castigo, es un crimen. "La gran regla dominante del Derecho Penal es que nada es crimen a menos que esté expresamente prohibido por la ley." (1) Las limi-

taciones y obligaciones de la Psicología y la Psiquiatría criminológica, tal como las administran los penalistas administrativos, surgen de esta definición legal, ya que les prescribe términos de referencia y echa la red con que han de obtener su "material".

La delincuencia, por otra parte, no es un concepto reconocido por la ley. Tal es, en su presente sentido, el nombre dado por los psicopatólogos a esos tipos de conducta anormal que ocasionan daño al prójimo o a la sociedad en general.

El advertir claramente esta distinción, es esencial en todo estudio encaminado a descubrir el lugar que ocupan en la sociedad los individuos delincuentes. Criminalidad y delincuencia sólo serían idénticas en una sociedad donde todo tipo de conducta anti-social fuera punible por disposición legal, y jamás se promulgara ley alguna prohibiendo actos privados inofensivos o beneficiosos. En general, el Derecho positivo de los países civilizados proclama haber establecido — y acaso haya intentado establecer — tal estado de cosas, con la reserva de que la ley penal sólo ha de castigar los actos que perjudiquen a la sociedad en pleno, quedando sujeta a recursos civiles la reparación de daños privados. En este país (Inglaterra), los juristas del siglo pasado aceptaron esto como un práctico ideal en condiciones de justicia y buen gobierno. Pero, a la vez, gran parte del Derecho continental (europeo) insistió en incluir en el Código Penal prohibiciones específicas, fuera de los límites en que el individuo no podía incurrir en sanción legal. En Inglaterra, el Derecho se basaba en una mayor resistencia a restringir el criterio personal, a menos que de éste pudieran surgir especiales y graves daños públicos, y únicamente en tal caso. Las sanciones penales en pro de mejores condiciones de empleo, y contra el maltrato de trabajadores industriales o de esclavos, fueron condenadas en cierto tiempo desde tal punto de vista. El utilitarismo legal dió al Parlamento un creciente sentido de confianza en el poder de tales prohibiciones especiales para alterar la sociedad o preservar su existente forma, y la citada oposición fué gradualmente vencida.

Hoy, sin embargo, la idea de criminalidad no refleja un aceptado sistema de Derecho natural. La Antropología nos ha mostrado marcadas similitudes en el patrón de **standars** humanos de diversos tipos de cultura (2), pero también nos ha revelado el acondicionamiento cultural de un gran número de creencias, a las que se apea para decidir si cierto acto es anti-social. En determinadas condiciones culturales, el canibalismo, el parricidio o el infanticidio han sido considerados, no sólo licitos, sino obligatorios. Las actitudes sociales determinantes de las leyes aplicables a los actos contra la persona y contra la propiedad, o a la ética sexual, le llevan siglos de ventaja a la sanción legal. En comunidades que se hallan a bajo nivel de desenvolvimiento jurídico, las sanciones penales son substituidas o reforzadas por la sanción de la pública censura. En gran medida, el antiguo cuerpo de derecho penal, existente antes de la transformación industrial de las sociedades occidentales y de la extensión de la cultura urbana centralizada, fué un derecho ba-

sado en la ética consuetudinaria — **mores** — de los grupos dominantes, de la religión cristiana, de la cultural tradición de conducta surgida de la evolución de la sociedad desde la Edad Media. La ley no coincidía exactamente con la moral pública, ya que contenía elementos introducidos por los gobernantes para preservar su propia posición; ni coincidía, tampoco, con la moral que diversos sectores discordantes deseaban o intentaban imponerle a la sociedad. Una larga serie de intentos encaminados a incluir el adulterio y la fornicación en la jurisdicción de la justicia criminal nos muestra muy a lo vivo la imposibilidad de dar vigencia legal a **standars** en discrepancia de la práctica mayoritaria. (3)

Mientras el Derecho Penal de las sociedades pre-industriales tendió a ser un ten con ten entre los **standars** éticos y la moral práctica de gobernantes y gobernados, alguna identidad prevaleció entre delincuencia y criminalidad; o al menos entre la criminalidad y la conducta socialmente inaceptable. El racionalismo de los siglos XVIII y XIX, como la religión, abrigó la esperanza de que perdurase esta asociación.

Actualmente, nos es imposible ver lograda tal esperanza. Por una parte, el patrón uniforme de la moral regional decayó con sorprendente rapidez al desarrollarse las culturas predominantemente urbanas, y por otra, mediante la centralización gubernamental se amplió el radio de acción del Derecho puramente administrativo, que con el auxilio de sanciones penales ha llegado a alcanzar los extremos que vemos. El objeto de este reciente Derecho no ha sido el dar carácter obligatorio a la moral, sino el mantenimiento de la sociedad, y con arreglo a la orientación y las creencias de los legisladores.

Por lo tanto, podemos dividir los crímenes modernos en ofensas contra la antigua moral concerniente a la propiedad, el sexo y la persona, y ofensas contra la orientación política y los métodos del centralismo legislativo. El criterio con que se juzga la delincuencia, es personal para el psicopatólogo que la juzga. Para él, la delincuencia puede consistir en una conducta demostrablemente perniciosa para el prójimo, o bien en una conducta que, al violar la costumbre o la creencia, pone al sujeto agente en conflicto con su ambiente. En la de esta segunda clase hay que incluir muchos tipos de excentricidad carentes de interés social, y lo mejor es abandonarlas. Claro es, no obstante, que la delincuencia no queda en modo alguno confinada a los criminales, ni la criminalidad a los delincuentes. Tiempo hace que Bentham reconoció la existencia de "delitos imaginarios", sin más importancia social que la que les dan el prejuicio, el error o el ascetismo de la época. Tales ofensas (o delitos) han existido en todas las culturas, y la actitud del Derecho inglés respecto a la homosexualidad voluntaria entre adultos puede servirnos de ejemplo. El psiquiatra penal puede admitir la conveniencia de reconciliar a tales ofensores (o delincuentes en el sentido legal) con la ortodoxia, a fin de aliviar sus conflictos, aunque él y ellos estén convencidos de la irracionalidad de la ley.

Mucho más importante es la admisión de que, de dos delincuentes fundamentalmente idénticos, y ambos de conducta perjudicial para el prójimo, uno puede ser detenido mientras el otro sigue campando a sus anchas.

Nunca ha habido igualdad de pesquisa, detención y castigo en la sociedad humana, y culturas anteriores han tolerado más y mayores privilegios políticos y económicos que la nuestra. (4) El tirador poderoso, el barón predatorio, el prelado carnal y otros aceptados y honrados delincuentes han sido gente de casi todos los tiempos históricos. Tales individuos se hacen prestamente los carecillas de grupos y naciones que le permiten dirigir su delincuencia, como la del confirmado *big shot* criminal, contra enemigos externos, muy a menudo en provecho del *status* económico-político del grupo acaudillado por tales delincuentes. En cierto grado, también, la facultad de opresión y desgobierno interiores ha sido limitada por los recursos que el tirano —local o nacional— tiene a su disposición, por la resistencia de sus súbditos o por la competencia ajena. Las sociedades primitivas pueden ser clasificadas con bastante facilidad en dos tipos: unas, conformes a este patrón, con un modo de vivir predatorio, bélico y a menudo, aunque no siempre, tiránico; otras, de orientación predominantemente pacífica y social. Los factores familiares, económicos y culturales juegan un gran papel en la determinación de tales tradiciones de grupo. En muchos casos cabe hablar de culturas imperialistas y culturas vitalistas.

La historia de más complejas culturas muestra conductas similares. En la vida de las concentradas civilizaciones occidentales, ambas son perceptibles, si bien la Historia convencional —dedica más espacio, a las azarosas carreras de los grupos agresivos, que forjaron por la fuerza las instituciones políticas que a la influencia cultural y gradual de los no agresivos, que han hecho su labor por asimilación e influjo. Similares patrones existen también en culturas aisladas; pero el desarrollo de la centralización autoritaria ha dado lugar a un perceptible traslado de los dos principales tipos de delincuente histórico —el tirano potencial y el esbirro potencial— a la sociedad urbana, que es la sede del Gobierno. La disparidad entre la ley como instrumento de la autoridad y la moral práctica como producto de la lenta evolución de las costumbres —mejor que de la acción individual— tiene, en parte, cierto paralelismo con la antítesis existente entre la Ciudad y la Corte, por una parte, y la sociedad rural, por otra.

En nuestra propia cultura, y entre las circunstancias en que se ha desarrollado el estudio psicológico de la delincuencia, nos hallamos ante un producto de este proceso, distinto de los de fases anteriores.

Por ahora, tendremos que ocuparnos menos del delincuente cuyo éxito y cuya energía acallan la oposición, que de la vasta incorporación de normas de delincuencia a la estructura y al mecanismo efectivos de la sociedad. La autoridad económica y política se ha hecho

co-límite de la civilización, y la civilización, desde la revolución industrial, se ha desarrollado en gran medida, a expensas de los factores vitalistas. El Derecho y la administración pública, mediante sus rápidos cambios a la vista de la precipitación de acontecimientos, y en virtud de los desplazamientos del centro de gravedad del poder político, han tendido a sobreponerse a la tradición y a la moral práctica. Las tiranías que en recientes años han alarmado y escandalizado al liberalismo occidental, han adquirido poderes de imposición general mucho mayores que los gozados por jefes locales de pequeñas comunidades, y han adquirido medios de moldear y alterar las costumbres y opiniones en escala sin precedentes. Tenemos que reconocer que las culturas urbanas centralizadas, incluida la nuestra, han llegado al punto de seleccionar al detalle tipos de delincuencia individual —de otra manera indistinguibles— que toleran o galardanan con una mano y condenan y castigan con la otra. La jurisdicción de las leyes que definen el crimen, no es ya estrictamente limitada por la moral de la sociedad o de sus grupos predominantes; y, a la vez, la existencia de la misma sociedad, puesta en peligro por el incremento de la criminalidad individual, ha venido a depender de una provisión de ciudadanos precisamente del tipo más propenso a actividades criminales. En tal sociedad, se tiende a no ver otro criminal que el francotirador, el delincuente sin permiso, a quien le ha faltado astucia, suerte u oportunidad para manifestar su delincuencia dentro de la estructura autoritaria.

Es general conclusión de casi todos los estudios modernos que los individuos antisociales se moldean en su infancia. Si una sociedad los fabrica en número anormalmente crecido, la probable causa de ello se hallará entre factores de la vida de la comunidad que operen contra la familia o en las costumbres de crianza que los padres sigan. Más pronto o más tarde, en la infancia o después de ella, el individuo tarado de este modo se halla ante el problema de su relación con el resto de la sociedad. Algunas culturas tienen mayores recursos que otras para asimilar esta gente. La facultad asimiladora de nuestra propia cultura, considerada desde el objetivo del reajuste y la "cura" definitivos, es realmente baja. Mas no cabe decir en modo alguno que todos los delincuentes potenciales se hacen enemigos de la sociedad. Pareja a la dificultad que las sociedades centralizadas hallan en el reajuste de individuos aberrativos, es su notable capacidad para asimilárselos sin corregir.

El individuo delincuente no afronta el dilema de escoger entre combatir a la sociedad y dejarse reformar por su moral y sus costumbres. Su dilema consiste en elegir entre una válvula de escape, tolerada, para su delincuencia, y otra penada. Lo que hace delictivo a un acto franco es la aserción, por medio de él, del derecho del autor a conducirse independientemente de los demás. Puede hacer eso mediante el robo o el asesinato, y sufrir las consecuencias, o puede encontrar una posición en la estructura social que, dentro de ciertos límites, le permita hacer su aserción sin que le vayan a la mano. **Las oportunidades para esta clase de aceptada y aceptable delincuencia, se hallan casi enteramente en el campo del Poder. Si los delincuentes**

tienen evidentemente plaza en regímenes como el de la Alemania nazi, también tienen su lugar, menos perceptiblemente, en la estructura de toda comunidad en que se acepta la coerción como elemento de las instituciones sociales. La "elección" es, desde luego, casi del todo fortuita. El criminal es en gran parte formado por sus oportunidades, sus relaciones y el accidente de topar con la ley en los comienzos de su carrera. Si sus desórdenes de conducta conciernen a la propiedad, no es probable que pueda manifestarlos de manera tolerada. Si afectan principalmente a relaciones personales, bien podrá ser capaz de ello.

Una vez hecha la elección inicial, quien halla modo de lograr que su antisociabilidad encaje en la sociedad, puede hacerlo de dos modos. Si es capaz de someterse a disciplina, muchas ocupaciones hay en la sociedad moderna —casi todas inherentes a la rama ejecutiva del poder—, que le conferirán un limitado permiso para la infracción de tormento o de arbitraria autoridad, y tales ocupaciones son de un tipo indispensable para el presente orden de vida. O el impulso anormal puede ser cebado privadamente hasta llegar al momento en que el individuo, como legislador o dirigente de opinión, puede impedirlo en el patrón de su cultura. El aparato del Poder es de por sí, en gran medida, un mecanismo mediante el cual cabe hacerle.

Bien puede uno insistir en que el más grave problema de la criminología moderna es el planteado por el delincente indispensable y consentido. La existencia de una individual y nacional delincuencia de esta índole, y el poder que los psicópatas ejercen sobre las actitudes nacionales, es hoy una amenaza mucho más grave que la criminalidad corriente para la seguridad individual. En algunos casos, como el del apogeo del bandajaje en Chicago, o en la Alemania nazi, hay un perceptible intercambio entre los dos. En las sociedades democráticas, la atención pública se fija en la segunda, pero la mayor amenaza para la supervivencia está en la primera. Así pues, cuando, como ocurre ahora, se apela deliberadamente a la psiquiatría para afrontar la criminalidad individual, se la pone en el trance inevitable de afrontar, cada vez más ampliamente, formas "no criminales" de delincuencia, de las cuales han venido a depender las sociedades de tipo centralizado, pues se puede mantener que la demanda y el abastecimiento de delincentes son productos de tales sociedades. El criminal convicto, menos tiene, a este respecto, de eliminable producto derivado de nuestra cultura que de divergente "surplus" de una de sus manufacturas.

(Tradujo del inglés para C. I. J. García Pradas)

(1) R. v. Jones: 2 *Ld. Raym.*, p. 1013.

(2) *Comifort* emplea la palabra "culture" en el sentido de tipo cultural, de civilización o sociedad determinada. (Traductor).

(3) G. May: *The Social Control of Sex Expression*. Allen and Unwin 1930.

(4) Se refiere a la británica *Los privilegios que en otras se toleran o se aguantan a la fuerza, difícilmente hallarán par en la historia.* — T.

LA POBLACION Y LOS ALIMENTOS EN EL MUNDO

por EMILIO MUSE

Durante todo el siglo XIX, ha dicho Charles Gide, la doctrina de Malthus servirá para cubrir de obstáculos cualquier plan de organización socialista y hasta a simples reformas tendientes a mejorar la condición de los pobres, porque se dirá que ellas no pueden tener otro efecto que multiplicar los coparticipantes al mismo tiempo que los productos a repartir, y en consecuencia no serviría de nada. (1) La burguesía, en efecto, ha sabido aprovechar con gran habilidad los trabajos de sus instrumentos intelectuales como los de investigadores independientes para justificar su sistema de explotación. Charles Darwin, algo más tarde, había de ser utilizado también, definitivamente comprobado a partir de la obra de Kropotkin. (2) En los últimos años se ha venido replanteando el viejo problema de la población con el evidente propósito de ofrecer algunas explicaciones más o menos satisfactorias al mundo famélico y defraudado de postguerra. La presión, visible e invisible de las enormes multitudes que creyeron luchar por una vida mejor, y el amenazante crecimiento demográfico del continente asiático son, quizá, los factores principales que han impulsado al sistema capitalista a popularizar este complejo asunto. Actualmente se calcula que la humanidad cuenta unos 2.300 millones de componentes. En el caso de que la población mundial continuara aumentando en la misma proporción prevalente entre 1900 y 1940, para el año 2.240 la Tierra tendría más de 21.000 millones de habitantes. Cada año, pues, se suman de 20 a 25 millones de personas. Diariamente se incorporan de 55 a 75 mil bocas que hay que alimentar.

El cuadro, como es natural, no deja de ser alarmante, y aprovechando estas cifras producidas por los técnicos, algunos espíritus sombríos han renovado los amargos presagios que nos legara el sacerdote inglés. Desde que en 1798 Robert Malthus publicara anónimamente su teoría famosa, los estudiosos de diferentes disciplinas coincidieron en reconocer la exactitud de su planteo en lo que se relacionaba a la naturaleza multiplicativa de la población. Pero la teoría malthusiana tiene una doble cara, peligrosa y audaz, porque ella se basa en una sorprendente insuficiencia de conocimientos, de estudios especializados y de estadísticas correctas. Para Malthus, la po-

blación crece de manera geométrica (1, 2, 4, 8, 16, 32, etc.), mientras la producción sólo crece de manera aritmética (1, 2, 3, 4, 5, 6, etc.). En esta diferencia residía, a su juicio, el secreto de la miseria del pueblo, y en consecuencia recomendaba, entre otras cosas, que los hombres se mantuvieran célibes hasta pasados los 30 años, y a los obreros que se casaran cuando se sintieran responsables de una prole de seis. Su pesimismo sobre los recursos alimenticios y la frescura de sus recomendaciones sexuales despertaron una gran oposición, pero como se ha escrito tantas veces, Darwin fué el primero que, con una sólida base científica, asésó un poderoso impacto a la teoría cuestionada. Darwin demostró que no solamente la especie humana, sino también los animales y los vegetales, de quienes nos alimentamos, crecen geoméricamente. Las investigaciones del sabio inglés destruían, prácticamente la mitad de las suposiciones de Malthus. Fourier, por otra parte, había tratado de introducir un factor de equilibrio en el proceso de crecimiento demográfico, afirmando que "la población crece en razón inversa de la alimentación". Las observaciones recogidas desde entonces confirman ampliamente la afirmación del sociólogo francés. Y en todo este siglo y medio, estadísticas más seguras, control cuidadoso de las curvas demográficas por países y regiones, censos más dignos de confianza, etc., como asimismo un más inteligente cultivo y conservación del suelo, la construcción de grandes represas y el avance general de la ciencia, en fin, ofrecen una perspectiva más prometedora para el género humano, si éste quiere forjarlo en realidad.

Sin embargo, hay quienes pretenden esquivar hasta los más indiscutibles atenuantes y en el colmo de un histerismo condicionado, llegan a proponer que se deje libre curso a las enfermedades y las pestes para que sus estragos actúen como reguladores de la población. Es decir, un soterramiento de la ciencia, como el de la filosofía en la edad media. Si reventara media humanidad, estos hombres se quedarían al fin contentos. Y claro está, quienes debieran reventar son las hambrientas multitudes de Oriente.

Negar los difíciles y complejos problemas que plantea el crecimiento de la población, sería, naturalmente, adoptar una posición suicida. Pero la gravedad de las consecuencias no debe impedir el análisis más sereno de las causas. Es preciso proyectar la mirada sobre el conjunto de los fenómenos, relacionando al hombre con la tierra y a ambos con la ciencia que ahora tiene el mundo a su disposición. Después de todo, ni el crecimiento ni la desnatalidad son cosas nuevas en la historia. En Atenas exponían a la intemperie a las criaturas que acababan de nacer, y Aristóteles opinó que el Rey Minos de Creta introdujo aberraciones sexuales en su país con el objeto de prevenir, como los atenienses, los inconvenientes de la superpoblación. Esparta, en cambio, que vivió cultivando las aptitudes físicas de su pueblo, mermó el índice de su natalidad y lentamente desapareció como fuerza en el mundo antiguo. Roma, en el

esplendor de su poderío, pagaba a los padres de familias numerosas para impedir los inconvenientes de la despoblación...

Pero ésta no debe ser época de atenienses ni de romanos. El hombre es capaz de regular su propio crecimiento y el de otras especies animales además. Estas mentalidades sombrías que querrían continuar con los procedimientos bárbaros, hacer el juego, al sistema capitalista que se resquebraja. Su propaganda angustiante quiere ensombrecer las más caras esperanzas del mundo de postguerra, tiende a restar asidero a las soluciones fundamentales que se reclaman y se propone filtrar un fanatismo biológico y ecológico frente al que nada podrían la ciencia y la voluntad de los hombres. No seamos suicidas, pero no pretendamos que estamos obligados a ser asesinos.

La causa fundamental del crecimiento de la población mundial se encuentra en la declinación de la mortalidad. Las verdaderas eclusiones demográficas que se sucedieron a lo largo de nuestra era semi-industrial con el resultado de una lucha victoriosa contra las enfermedades y las muertes prematuras. Los progresos de la medicina, la extensión de los principios higiénicos, la modernización de las ciudades y una más adecuada alimentación, contribuyeron a prolongar la vida del hombre y, en consecuencia, la amplitud y la profundidad de la cultura general. Se ha calculado que el promedio de vida en la Europa del siglo XVIII era de unos 33 años, mientras que en la actualidad países como Dinamarca acusan 60 y Suecia 63 años. Como lo afirma categóricamente Kingsley Davis: "Si se debiere a la natalidad, habría manifestaciones en ese sentido; pero no hay pruebas de que en ninguna parte importante del mundo hayan crecido en la época contemporánea los coeficientes de natalidad, sino que abundan pruebas de lo contrario" (3). Grandes áreas del mundo, efectivamente, tienen una población estacionaria o declinante. Casi toda Europa se encuentra comprendida en esta situación. Francia ya es un caso crónico. Inglaterra contará con algunos millones menos dentro de algunos años. Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda se encuentran en la situación del noroeste de Europa. El coeficiente de natalidad de la población blanca de EE.UU., por ejemplo, estimado en 55 por cada 1.000 habitantes en 1880, disminuyó a 30 en 1900 y hasta alrededor de 18 en 1940. La población norteamericana comenzará a descender antes de fin de siglo. El Japón mismo, que ha duplicado su población en el término de 60 años, comienza a mermar el coeficiente de natalidad.

En 1945, Churchill reveló las preocupaciones oficiales sobre el descenso señalado al dirigirse a la Comisión Real de la Población: "Nuestro país espera un fundamento siempre abundante de niños saludables, nacidos en la que estamos seguros será una sociedad más amplia y tolerante, y un mundo menos perturbado"... En Canadá, por la misma época, se establecieron pagos mensuales a los padres de niños menores de 16 años que significaban una erogación de 200 millones de dólares. Y Alemania e Italia, que se quejaban

del exceso de población, no procedieron a la inversa, sino que, por razones militares, fomentaron las familias numerosas como tantos países de Occidente lo hacen ahora. Pero ningún parche económico podrá detener la declinación en el coeficiente de natalidad. Ella obedece a causas poderosas y complejas, todavía no desbrozadas totalmente. La tendencia es evidente, y ella está en marcha.

A medida que el mundo se moderniza y que la cultura se extiende, las grandes concentraciones urbanas tienden a disminuir la natalidad. El sentimiento de independencia de la mujer y su puesto ya ganado en la vida social; los anhelos individuales de conocimientos y confort; la práctica del amor sin peligro de fecundidad y otras causas, han influido para que las familias urbanas se conviertan en el polo opuesto de las familias rurales. Por otra parte, el principio de que la población crece en razón inversa de la alimentación, de que hemos hablado, ha influido en gran medida en el mundo occidental. Es un hecho que cuánto más abundante y variada es la alimentación, menor es el crecimiento de la especie. Esta ley de equilibrio de la naturaleza no es patrimonio de los hombres únicamente. Ella ha sido comprobada a través de las observaciones en la vida de los animales y en los experimentos de laboratorio. Josué de Castro, el categorico de "Geografía del Hambre" ha insistido terminantemente sobre el particular en sus recientes conferencias en el Colegio Libre de Buenos Aires.

La miseria, el hambre, la promiscuidad y la ignorancia, son los mejores abonos para un crecimiento demográfico acelerado y de nocivas consecuencias. Ahí están los pueblos oprimidos y subalimentados de Asia para demostrarlo, con una India de más de 400 millones de habitantes, de los cuales un 45 % muere antes de llegar a los 10 años. El día que los pueblos asiáticos asimilen los conocimientos que ya son populares en Occidente, cuando eleven su **standard** de vida y conozcan las ventajas y el placer de la existencia moderna, también tendrán a marcar un compás en el crecimiento de sus poblaciones. El mundo es bastante ancho para una población mucho mayor que la actual, y en todo caso la experiencia nos demuestra que la humanidad no tiende a crecer hasta el límite de su capacidad productiva.

Las estadísticas relacionadas con la población pueden ser dignas de confianza a pesar de los márgenes naturales de error. No podemos afirmar lo mismo, en cambio, sobre la producción de alimentos. Una población se controla fácilmente a través de censos, registros de nacimientos y defunciones, etc. Una producción que en vez de basarse en las necesidades, se orienta por las cotizaciones, sólo se conoce a medias. Los estudiosos que han calculado la capacidad productiva del planeta nos han dado cifras harto contradictorias. Sobre este punto jamás logran ponerse de acuerdo. Cuando se manejan cifras demográficas, pesimistas y optimistas llegan pronto a un punto de conciliación. Cuando se mencionan los recursos, las opiniones resultan separadas por diferencias de envergadura. Para algu-

nos, la tierra podría producir alimentos para unos 5.000 millones de personas. Otros calculan para 8.000 millones. Unos terceros creen posible ofrecer lo necesario a 11.000 millones. George Nicolai se aparta violentamente de estas cifras afirmando que la humanidad puede crecer hasta los 20.000 millones, hasta la terminación del período agrícola que vivimos, y que después, en una etapa que denomina energética, nuestra especie podría seguir multiplicándose mucho más todavía.(4)

Los pesimistas han observado que cálculos tan optimistas como los de Nicolai no ofrecen un fundamento detallado, y en parte tienen razón, pero ellos no proceden de otra manera. Nicolai arranca de un punto de vista científico e internacionalista, considerando al planeta como una unidad productiva, sin inconvenientes artificiales. Los pesimistas se afirman sobre una base grandemente falsa, teniendo en cuenta el modo de producción actual y como si las relaciones humanas debieran ser eternamente las mismas.

Es conveniente insistir que no han sido los científicos ni los profesionales quienes dirigieron la operación de laboreo de la tierra desde las grandes explosiones demográficas, sino los mercaderes, que se apoderaron de continentes enteros y los saquearon. Con la sola meta del lucro, ambiciosos y bárbaros, talaron las selvas y los bosques sin reforestar un sólo árbol jamás, destruyendo el equilibrio fatigosamente logrado por la naturaleza, modificando los climas y erosionando el suelo. Ellos sembraron donde debía haberse criado la ganadería, y criaron la ganadería donde debía haberse sembrado. Perjudicaron regiones enteras con la práctica del monocultivo, como buenos productores para la exportación, y abandonaron otras a la acción erosiva de los vientos y de las precipitaciones pluviales. Degradando a las poblaciones nativas, tierras productivas cayeron en un abandono total.

Por otra parte, el sistema mundial de explotación del suelo sigue siendo, individual, en una época en que sabemos que no es posible obrar arbitrariamente en una parte sin perjudicar a la otra, naturalmente en el marco de cada región económica. La inmensa mayoría de los campesinos, por ignorancia y por falta de recursos, no emplean los métodos modernos de cultivo y de abono o los de mecanización de las tareas rurales. La lucha contra las enfermedades, las pestes y los insectos, es todavía insignificante. La O.A.A. ha calculado que solamente los roedores, los gorgojos y otras plagas destruyen unos 65 millones de toneladas de grano del mundo por año, más que el suministro total de trigo y centeno para toda Europa antes de la guerra.

Grandes cantidades de alimentos perecederos se pudren en los lugares de cosecha por falta de oportunos medios de transporte. Otras más se arrojan a las aguas para mantener altos los precios del mercado. Y en el siglo de la energía atómica, todavía existen países que deben utilizar los cereales como combustibles...

La enumeración podría continuar.

Todo este sistema contradictorio y absurdo no puede constituir la base de un cálculo correcto. Cualquier apreciación sobre el futuro debe apartarse de los desastres y las estupideces del régimen de la propiedad privada. El hombre se ha adueñado de fabulosos conocimientos científicos capaces de modificar el mundo. Sus recientes aplicaciones sobre la agricultura, a la conservación del suelo, a la lucha contra las enfermedades y los insectos, etc., han culminado en realizaciones valiosísimas. Al respecto es altamente demostrativo el caso del ex "Duist-Bowl", en los EE. UU., que está produciendo en la actualidad más grano que antes de que se convirtiera en un páramo inútil. La construcción de grandes represas ha impedido y seguirá impidiendo que las grandes corrientes se desborden y destruyan, como antes, plantaciones y poblados, con el agravante de que arrastraban hacia el fondo de los océanos la riqueza mineral de la tierra. El gran trabajo de defensa de la tierra ha comenzado ya, y nada falta para proseguirlo, salvo la organización racional de los pueblos. El mar nos ofrece incalculables riquezas que esperan ser aprovechadas, y ya se habla de extraer proteínas de las plantas microscópicas que forman el plankton de los océanos. La reproducción del proceso fotosintético haría posible, en fin, la creación de nuestro propio alimento, en lugar de depender enteramente de la naturaleza.

Queda, además, una enorme superficie por cultivar.

Fawcett opina que de los 36.000 millones de acres de la tierra, un 30% es climáticamente adecuado para la producción de alimentos; Pearson y Harper asignan un 34% para el área que recibe una cantidad de lluvia adecuada. Frasolon afirma que solamente un 10% es utilizado para la obtención de alimentos, y Pearson y Harper que sólo un 4% es utilizado para la obtención de cosechas alimenticias para el hombre, esto es excluyendo el heno, barbechos, etc. (5)

No subestimemos los problemas creados por el crecimiento de la población, pues de dos terceras partes de la humanidad, una está mal alimentada y la otra se muere prácticamente de hambre. Pero impidamos que se propaguen sin réplica las criminales divulgaciones del capitalismo. Si, en última instancia, no tratarán ahora de justificar la miseria, mañana querrán con ellas justificar la guerra, lo cual es doblemente peor. Los pueblos deben saber que los recursos del mundo son cuantiosos, y que ellos pueden disponer de la ciencia y la técnica para aprovecharlos. A pesar de los fantasmas que nos agitan frente a los ojos, no retornaremos a la antropofagia...

- (1) Historia de las Doctrinas Económicas.
- (2) El Apoyo Mutuo.
- (3) Corrientes Demográficas Mundiales.
- (4) Biología de la Guerra.
- (5) La salida, John Russett.

LA REVOLUCION Y LOS INTELECTUALES

por EUGEN RELGIS

Fragmento de un capítulo del libro en preparación "El Hombre libre frente a la Barbarie totalitaria".

Después de la escisión socialista en el congreso de Tours (diciembre 1920), se fundó el partido comunista francés con una mayoría de dos tercios. Romain Rolland, al mismo tiempo que se negaba a mezclarse "en la lucha impía que divide y debilita a las dos fracciones del socialismo", se esforzó durante algunos años por realizar en Francia "la Confederación de las fuerzas revolucionarias de izquierda contra la reacción" y fundar al mismo tiempo fuera de Francia, "la Internacional de los espíritus libres de todas las naciones." Sus esfuerzos se estrellaron contra ese gran obstáculo que siempre es "la intolerancia de los partidos". A pesar de todas esas pasiones políticas que se agitaban también en torno a "la opresión o la represión bolchevique", — Rolland estaba bien informado a este respecto por los relatos de sus amigos, "que regresaban de Rusia llenos de pesadumbre", y por las propias cartas de Gorki, que acababa de salir de la URSS y se abandonaba a un pesimismo áspero y doloroso —, mantenía muy alta, en la batalla proletaria, su bandera: la de la independencia del espíritu. Sin embargo, no permitía que "los mismos combatientes proletarios fuesen a desgarrar y pisotear" esta bandera. La Revolución no debe, con sus intolerantes ostracismos, rechazar "de su campo a las mejores fuerzas intelectuales que se ofrecen a ella con un leal deseo de ayudarla".

Estas discusiones de Rolland con sus amigos comunistas culminaron en 1922 en la gran controversia que Henri Barbusse provocó con su artículo en la revista *Clarté* (Diciembre 1921). La batalla fue apasionada en toda la línea. Todavía hoy presenta un profundo interés no solamente histórico. Al referirse a este sujeto, en la introducción de sus *Quince años de combate* (1924), Rolland reconoce que ambas tesis, sostenidas con idéntica firmeza, "eran las dos caras de una misma moneda. Anverso y reverso llevaban la huella de la Revolución".

Vamos a ver si esta imagen corresponde a la realidad. Barbusse, con "entera razón" al denunciar "el sistemático desinterés de la acción política, en los que se denominan camiones de la independencia del espíritu", como también en *La otra mitad del deber* —áspera crítica contra el imperante régimen social— pide que todos trabajen en la construcción positiva de un nuevo orden: "¿Quizás?" tiene ra-

zón cuando sostiene que es necesario dejar abierta la puerta para los que vuelven reconociendo que se han equivocado. "Con la condición de vigilarlos", añade Rolland, que confiesa sentir una invencible repugnancia al tener que "olvidar y perdonar las renuncias y debilidades de los hombres y de las doctrinas políticas en los días de prueba". Barbusse no tiene razón cuando pretende imputar al espíritu "la infalibilidad de las leyes fundamentales de no sé qué geometría social", cuando la Revolución marxista-leninista "no es más que un grandioso experimento social, del que podemos decir que es casi la única oportunidad de salud social, sin que podamos afirmar que tendrá éxito" (Subrayamos nosotros, E. R.) Inmediatamente, Rolland añade, entre paréntesis, que la tragedia de la "condición humana" consiste en que la suerte de la humanidad se juega y vuelve a jugarse a cada instante. En esto está su grandeza.

Barbusse no tiene razón cuando abarata el precio de los medios revolucionarios para obtener los fines. A este propósito, Rolland repite lo que ya proclamaba en su **Clerambault**: "No es cierto que el fin justifique los medios. Para el verdadero progreso los medios son más importantes que la finalidad... porque modelan el espíritu del hombre de acuerdo a un ritmo de justicia o de acuerdo a un ritmo de violencia. Si es esto último lo que sucede, ninguna forma de gobierno podrá impedir la opresión de los débiles por los fuertes. Por esto considero esencial la defensa de los valores morales, y todavía más durante una Revolución que en otro tiempo. Las revoluciones constituyen una época de mudanza en la que el espíritu de los pueblos se halla presto a la transformación."

Debe destacarse la profunda verdad expresada en esas líneas de Rolland. Estoy de acuerdo con él. Paralelamente a aquel debate, yo también discutí con Barbusse en un capítulo de mi **Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales** (1922); en la carta abierta... Pero también contra toda violencia, que le dirigí en 1928 y en dos entrevistas —Bucarest y París—, que relaté en mis **Peregrinaciones Europeas** (1930). No me es posible resumir aquí estos textos que, por otra parte, nada han perdido de su actualidad.

Volvamos al debate Rolland-Barbusse. Este último replicó con "cierta torpeza de expresión... que la intervención de la violencia no es sino un detalle". Rolland contesta que, en determinados momentos de la historia, la violencia es una necesidad dolorosa, que "el espíritu no puede darse el lujo de elegir confortablemente los medios", pero que éstos constituyen un cuchillo al cuello (El cuchillo entre dientes es precisamente el título de un folleto de Barbusse, aparecido en aquella época). Hay que empuñar con mano firme ese cuchillo y revolverse contra el asesino. "si no se quiere ser asesinado". Más que la violencia misma, "impuesta a todos por la necesidad de vivir" (!), lo que a Rolland repugna es la apología de la violencia que entonces hacían "esos trené-

uticos salidos de la guerra, de la que repetían las peores lecciones para aplicarlas a la Revolución, que tiene como fin librarnos de ellos".

A estas alturas parecería que la discusión gira sobre si misma. En tanto no nos decidamos a elegir francamente entre la violencia o la no violencia, nos hallamos dentro de un círculo vicioso. Para Rolland, la violencia no podrá ser jamás una virtud. "En el mejor de los casos representa un duro deber que se cumple inflexiblemente, sin motivo de vanagloria". Un prudente hombre de Estado, consciente de su responsabilidad, no preconiza la violencia a la ligera, "como hace en Roma el siniestro Duce, cuando celebra ante los niños, como si se tratara de un deporte, la ametralladora". ¿Solamente el Duce? ¿Cuántos siniestros dictadores, pequeños o grandes, no han celebrado desde entonces este mismo deporte, y aun otros más crueles, en casi todos los países del mundo, fúhrers, caudillos, poglavnic, capitanes, comisarios del pueblo? Jefes, jefes todopoderosos, aliados o enemigos, encarnados por sus mercenarios o sus partidarios sobre el pínaculo del poder, es decir sobre las encorvadas espaldas de sus pueblos subyugados, temerosos o arrogantes, cobardes o ahogados por la ira y el orgullo...

"No es solamente la violencia contra el cuerpo", proclama Rolland a pesar de todo. Para él la violencia contra el espíritu es más dolorosa que la violencia brutal. Los más altos valores morales: humanidad, libertad, la verdad sobre todo, son frecuentemente sacrificados a "la razón de Estado". Estos valores deben ser salvaguardados en interés de la humanidad, y por el propio interés de la Revolución. "Ya que una Revolución, que los olvidara estaría condenada... más pronto o más tarde, a mucho más que a una derrota material: al desmoronamiento moral".

Este es precisamente el papel que los intelectuales libres deben desempeñar: defender los valores morales para la Revolución e inclusive contra ella misma cuando, en su apasionamiento, amenaza destruir el tesoro común de la humanidad.

El **Uno** contra **Todos** de Clerambault también es el **Uno** para **Todos**. Romain Rolland reivindica su lugar en el solar de la Revolución: "¿Con qué derecho decretarías —pregunta a Barbusse, que le ha relegado entre los burgueses— (1) que aquel que no piensa como vosotros se encuentra al margen de la Revolución? La Revolución no es patrimonio de ningún partido. La Revolución es la morada de todos aquellos que desean una humanidad más feliz. Por lo tanto también me pertenece. Lo que ocurre es que yo no puedo vivir en un ambiente tan limitado como el que quieren imponerme de igual modo "burgueses" y comunistas. Por eso abro las ventanas. Inclusive estoy dispuesto a romper los cristales con tal de respirar. Pues yo soy uno de esos pocos hombres que tienen la pretensión —al parecer exorbitante— de permanecer con la Revolución y seguir siendo hombres libres".

Es conveniente volver a leer esta respuesta, digna de una con-

ciencia iluminada, al ríto exclusivismo del fanatismo dogmático. Desde la Revolución rusa, el jacobinismo de la Revolución francesa ha tenido oportunidad de enfrentarse con rostros duros y huraños. Saint-Just reencarnó en Barbusse (aunque este último, destrzado por la enfermedad que contrajo en las trincheras durante la guerra, no llegó a la práctica sangrienta de su precursor).

Durante la segunda guerra mundial ¡cuánto consuelo era posible obtener en estas líneas de Rolland! Todavía hoy, después de treinta años, cuando el mundo se halla dividido en dos gigantescos bloques antagonistas que amenazan con llevar a los pueblos a una tercera y tal vez irremediable catástrofe guerrera, nos fortalecen. En esta página nos encontramos nuevamente con el aguerrido pensamiento de Rolland, de una nobleza humana que lo sitúa entre los defensores de la libertad en su mejor sentido creador y eterno. No acepta privilegios. Ni siquiera de orden ideológico: "a Rolland se le puede permitir el **Rollandismo** concedida Barbusse. A los **Rollandistas** no. Pero, "guardar intacta nuestra libertad es un derecho que nos pertenece a todos". Por ese mismo defienda también la verdad. No podía someterse a un partido que no posee esta vocación por la verdad, cuyo corolario es "el respeto a la libre crítica". No le era posible admitir esa "confusión entre los intereses del partido y la justicia." Rechazaba la mentalidad "estrechamente política de los servidores de la Revolución", que desprecian "las sagradas reivindicaciones de la conciencia libre" y las califican de "anarquismo" o "sentimentalismo".

Al exponer, en 1922, que las convulsiones del mundo son "el comienzo de una larga crisis de crecimiento de la humanidad", de una era de terribles trastornos, Rolland deseaba salvar, para aquellos que vivirán en esa "época de hierro" (¡estamos ya en ella!), las fuerzas del amor y de la razón. El pensador tiene el derecho, y aun el deber de defender la libertad de pensamiento. "¿Cómo valorar un pensamiento que comienza por adorar al embrigarse?". El pensamiento al servicio de un partido, de una iglesia o de una casta siempre es opresión. El espíritu se esfuerza por arrancar el velo que en cada siglo quiere eternizarse sobre los ojos de la humanidad. "El velo del **Ancien Régime** o el de la Revolución", negro, blanco o rojo, "es siempre el mismo velo. Nuestro deber consiste en no aceptar ninguno".

A pesar de su lucidez, que veía iniciarse en el mundo la era del imperialismo plutocrático y de los desastres provocados por los egoísmos nacionales; a pesar de su profundo pesimismo — cuyas huellas encontramos en su **Diario** —, Rolland no perdía su confianza en el futuro. Sabía que la unidad humana no puede ser realizada en un siglo. Lo advertía a los revolucionarios que se precipitaban creyendo que todo puede modificarse en un día. En el cuadro sombrío que diseñó en 1922, la Unión Soviética era para él "la sola excepción". Treinta años después, debemos reconocer que tal "excepción" también se ha confundido en la tormentosa perspectiva del imperialismo y del egoísmo nacionales. Rolland no podía ignorar, a pesar de su fe

en el futuro, los peligros que acechan a toda Revolución. Previno de ello a sus jóvenes compañeros: "¡No pactéis jamás con la injusticia ni la mentira!". Una gran Revolución no es "un remedio desesperado para naciones agotadas, prestas a caer en convulsión... Este es, creo yo, el grave error fisiológico que cometen los más altos espíritus revolucionarios de hoy". La Revolución exige para triunfar la posesión "de inmensas reservas de energía, graneros henchidos de salud robusta y la alegre esperanza de una raza". Durante estos años — y más todavía hoy, después de la segunda guerra mundial —, las naciones de Europa se asemejan a "lobos hambrientos" que se arrastran, sangrando, sobre el campo devastado.

Reconociendo "el formidable magnetismo" de las fuerzas colectivas, Rolland también puso en evidencia el valor de la conciencia individual. Inclusive reprochó a los más fanáticos el no valorar suficientemente esta conciencia. "Considero a la conciencia como a uno de los pilares del mundo y pido a la Revolución que la sepa emplear. Pido que no acepte en sus filas, en sus luchas y peligros, pero como libres aliados". (No cesa nunca de repetir esta condición). "Como hombres libres que luchan por lo que creen justo, contra lo que consideran injusto". Contra la Revolución, si es preciso, en sus errores, excesos e injusticias. Rolland recuerda a los febriles revolucionarios que los dos grandes factores de toda profunda transformación humana son: el sacrificio, el ejemplo heroico personal (¡cuántos se han hecho glorificar como héroes habiendo sacrificado a los demás!), y el tiempo, "el maestro albañil que edifica con el esfuerzo y la sangre de las generaciones". Muchos ignoran u olvidan que la verdadera Revolución sólo puede ser la última fase de una lenta y, frecuentemente, larga evolución.

Durante su controversia con Barbusse, Rolland dió al fin a conocer su propuesta de acción. Es cierto que el enemigo común es la violencia opresiva de la sociedad actual. "Pero contra esa violencia —replica Rolland a Barbusse— estáis armando a otra violencia opositora". A este propósito debemos citar algunas afirmaciones del autor de **Cuchillo entre los dientes**: "La violencia es el único medio de romper el círculo vicioso de las fuerzas establecidas contra las cuales se han estrellado, pulverizado y dispersado, hasta el presente, todos los esfuerzos de los que protestan". Para éstos, la violencia "sólo es un arma de defensa... es también algo mejor que un arma: es el único instrumento que puede crear la justicia... La Razón(!) apela a la fuerza realizadora".

No he cesado de combatir, en mis ya viejos escritos, a esta peligrosa ideología que pretende basarse en La Razón. La intolerancia y la violencia engendran otras intolerancias y violencias. Rolland, en aquella misma época, advertía lo siguiente: "El método (de la violencia) conduce a la destrucción mútua. Si contra vuestros enemigos os conducís con sus mismos procedimientos, — como se hizo durante la guerra entre Francia y Alemania—, quizá haya al fin de la

guerra social algún tratado de Versalles, una victoria por escrito. Pero, al fin de cuentas, esto significará la ruina de todos".

Consecuente con estas palabras, la primera forma de acción que Rolland propone y que concierne sobre todo a los intelectuales, es la lucha sin cuartel del espíritu, armado con todas las fuerzas de la Razón, tendente a observar, controlar y juzgar los actos del Poder, imitando el ejemplo de los amigos ingleses, agrupados en torno a la "Unión de Democratic Control" (2). "Hostigar, flagelar, lapidar los abusos a través de la crítica acerada, la ironía descarnada al modo de Voltaire y los Enciclopedistas, que hicieron más por la caída de la monarquía que el puñado de desesperados que tomaron la Bastilla." La segunda forma de acción es un arma más poderosa todavía, conveniente a un mismo tiempo "a los más humildes y a los más elevados". Raramente empleado en Francia y Alemania militarizadas, demostró su eficacia en los países anglosajones, con los numerosos *consciencions objectors* y, en una más vasta medida, con el método de Gandhi, la no resistencia — que Rolland interpreta en el sentido de la no aceptación —, que debía conducir a la liberación de la India de la dominación del Imperio Británico.

Ampliando su controversia con Barbusse, Rolland se dirigió a sus hermanos, a los que pretenden "ir a la vanguardia del pensamiento", preguntándoles si creen que el deber del intelectual — sabio, artista, escritor —, es comprometerse en cuerpo y alma en el ejército de la Revolución, o bien si creea que se puede servir mejor manteniendo la integridad de su libertad de pensamiento. "Aunque sea contra la Revolución, si ésta llega a no comprender la necesidad vital de libertad. Si esto sucede será porque la Revolución habrá dejado de ser fuente de renovación. Se habrá convertido en una nueva forma del monstruo de cien rostros: la Reacción".

Las respuestas fueron publicadas en *Art Libre*, de Bruselas (Marzo-Abril 1922). Encontramos ahí los nombres más representativos de la cultura europea, los que, ocho años más tarde, figurarían, casi todos, en la encuesta mundial que emprendió sobre *Los Caminos de la Paz*. No es posible dejar aquí constancia de todos esos nombres, desde Georg Brandes y Bertrand Russell, hasta Heinrich Mann y Jules Romains, Fraus Masereel y Norman Angell. Fue Rolland quien resumió el debate, que sigue teniendo un actual interés. La mayoría se pronunció por la independencia incondicional, al mismo tiempo que la totalidad de estos escritores manifestaron su simpatía por la Revolución. "inclusive los más obsesionados por su libertad intelectual" (3). Georges Duhamel y Stefan Zweig son, entre estos últimos, los campeones más extremistas "del espíritu independiente y solidario". El primero manifestó un aplastante desdén por el hombre de acción política. (Dicho sea de paso, Rolland me manifestó este mismo reproche en el transcurso de una entrevista en 1930) (4). "La Revolución —declaraba a Duhamel— es cosa del espíritu (Galileo, Newton, Beethoven). La Revolución política constituye un acto superficial, sin consecuencias reales. La Revolución

social hace miles de años que comenzó y no terminará nunca. Se produce de vez en cuando, en un espíritu y no en la calle. La Boetie, Vauban, Rousseau, Diderot, fueron revolucionarios. Saint Just no es más que un agitador."

Según la réplica de Rolland, se trataría de "La Revolución dentro de lo "empírico", en ciertas horas, después de largos periodos de inercia, ignorando las necesidades y la urgencia de la acción. Yo creo que más bien se trata de una elección entre las tres series de ideales: políticos, sociales y humanitarios (que ya he expuesto en otras oportunidades) y entre los que es preciso elegir si deseamos realizar bien nuestro oficio, de acuerdo con nuestro temperamento o nuestra libertad de pensamiento, Duhamel ha elegido "la libertad de su espíritu", como también hizo Stefan Zweig, para quien esta libertad era más esencial que la de un grupo "o la del mundo". Esto no debe interpretarse como una nota "de derrotismo insuperable", ya que Zweig ha dado en toda su obra — a pesar de su suicidio — la prueba evidente de su preocupación por los más altos ideales de la cultura y del espíritu humanos.

El poeta Marcel Martinet, se pronunció en términos apasionados por la solidaridad total, absoluta, con la Revolución, "con su miseria, con sus defectos". Es curioso constatar que, partiendo de un punto de vista personal, un Edouard Dujardins, poeta y filósofo, preste a la Revolución "un blanco seno de autoridad"; se ofrece el lujo "de absolutismo a oídos, o revolucionarios, que para él son una misma cosa". Pero, es necesario no olvidar que los extremos se tocan y que la inquisición religiosa es el antepasado del Terror político que en nuestro tiempo surge por todas partes. "Para la masa la estricta disciplina colectiva", opina Dujardins. "Para algunos, la independencia, hasta el riesgo de ser sacrificados". Otros, como el indúlec León Bazalgette, intentan salvar los dos principios: la individualidad y la comunidad. Luc Duriant cree que el lugar de los intelectuales libres está más adelante que las filas, pero de ningún modo en las propias filas; y Kasimir Edschmid se reserva el derecho de revolverse contra la Revolución si ésta traiciona a sus deberes y los derechos del espíritu. En fin, otros, como Paul Colin, juxtaponen u oponen, al programa de acción político de un partido, un programa de acción social del espíritu independiente, lo que nos lleva al paralelismo concéntrico de la Internacional de los Intelectuales y de la Internacional Proletaria, que expuse un año antes de esta encuesta, en mi libro ya citado.

En conclusión, la idea debe convertirse en actos. Es también uno de mis "Principios Humanitaristas", que son reconocidos, sobre "el plan objetivo" por Andreas Latzko, Gustave Dupin, René Arcos, Jacques Mesnil, Charles Vildrac, etc. "actuar, pero actuar con libertad". Esta movilización de intelectuales aferrados a su independencia, fué a pesar de todo "un homenaje a la Revolución". Provocó, en la prensa de ambos campos, polémicas, en muchos casos, excesivas, "hirientes" con frecuencia, como en el caso del fogoso Marcel Marti-

net, desgarrado "por la doble pasión de la Revolución y de la libertad" que se dejó "llevar de palabras amargas que deapan la finalidad" del gran debate: "¡Peor para nuestros escrúpulos! Desde que tantos hombres agonizan y mueren por nosotros (en la URSS) podemos echar, en la solidaridad del bloque revolucionario, hasta los escrúpulos de nuestro honor".

Quizá sea preciso detenerse un momento ante estas palabras del poeta revolucionario. Era sin duda, sincero: pero deparó realmente su finalidad traicionando esta dialéctica que no pertenece a un solo partido, sino a todos los gobernantes y competidores del Poder. La experiencia trágica de los últimos seis lustros, después que Martinet pronunció estas palabras, experiencia a la que también podemos dar el nombre de integral — por las diversas dictaduras y la guerra total que hemos vivido — nos obliga a preguntar: ¿Por qué "tantos hombres agonizan y mueren por nosotros"? Según Martinet y otros que opinan como él, era en la URSS donde morían "por nosotros". Los combatientes del espíritu, fieles a la causa de la humanidad — que lo es de la paz y de la libertad— ven y sienten que millones de hombres mueren, torturados, "sacrificados", allí y en todas partes.

Esto nos recuerda lo que Romain Rolland hizo notar de una manera áspera y que ya ha sido citado en esta obra, al dirigirse, durante la primera guerra mundial, "a los pueblos asesinados". En pocas palabras lo resumía todo: "Los pueblos que se sacrifican mueren por ideas. Pero aquellos que los sacrifican viven por intereses". Entonces, en 1914-1918, eran los plutócratas y los autócratas quienes hacían una guerra de negocios, una guerra por dinero. El dinero es el medio y el símbolo del poder. De igual forma por lo que respecta a la política. Hoy, otras generaciones agonizan y mueren en la URSS también, no por ideas sino por intereses.

Es una verdad que ninguna conciencia libre puede ya ignorar. Los pueblos de la URSS que creían, en la aurora de la Revolución rusa, que sufrían por un ideal de liberación y de justicia, son en realidad sacrificados por los intereses de un partido único, por los privilegiados de ese partido, que los gobierna dentro del rígido marco de un Estado totalitario, dirigido por un puñado de potentados cuyo jefe, que se da el nombre de "secretario general" del partido y de "generalísimo" de los ejércitos, es más poderoso que todos los soberanos que han reinado en esta tierra. La plutocracia y la autocracia han sido allí reemplazadas por una burocracia que controla y dirige a todos los individuos, desde la cuna hasta la tumba. El dinero — la "producción" — está canalizada hacia el único y supremo capitalista: el Estado. Debido a la fuerza múltiple de la política, una ínfima minoría gobierna, domina, explota, acumula poder. El resto, los millones de forzados al trabajo militarizado, bajo toda la complicada escala jerárquica que las banderas de la igualdad no logran ocultar, "agonizan y mueren" (¡cuán doloroso es tener que repetirlo!) por ficciones idealizadas y por los implacables intereses de la tiranía del Estado y el fetichismo insaciable del Poder burocrático, policiaco y

guerrero. Al igual que el legendario Midas, condenado a transformar en oro todo cuanto tocaba, el poder político del Estado capitalista — sea individualista o colectivista, plutocrático o proletario — lo convierte todo en opresión legal, en esclavitud física y moral, en muerte lenta dentro de los cuarteles del trabajo automático, tailorzado o stajanovizado; o en muerte rápida, "gloriosa", en los degolladeros de la guerra.

(Tradujo del francés para C. I. J. Carmona Blanco)

(1) Este procedimiento, "cómodo, pero oratorio en demasía", de calificar de burgués al interlocutor con quien no se está de acuerdo — aunque se trate de Rolland— data, como puede verse, desde hace bastante tiempo. Hoy resulta demasiado simple y es empleado con demasiada frecuencia para poseer el valor de un argumento crítico.

(2) Espuse esta forma de acción en un capítulo de "El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales" (1922).

(3) Excepto Henry Van de Velde, que habla de "La bancarrota del comunismo en Rusia, por los procedimientos de esclavitud del proletariado, estrangulamiento de las libertades, dictadura.

(4) "Peregrinaciones Europeas", capítulo reproducido en mi primer libro sobre Romain Rolland (1951), del que se hablaba en el N.º 1 de CUADERNOS INTERNACIONALES.



A PROPOSITO DE UNA PRETENDIDA CIENCIA DE LA REVOLUCION

por ANDRE PRUNIER

¿Una cosa es verdad cuando consiguen hacérsela creer o cuando una inteligencia esclarecida, desinteresada, sin pasión, llega a disputarla verdadera tras un examen minucioso de los hechos? En el primer caso, se glorifica la mixtificación como función creadora: son sus leyes, leyes de la propaganda, de la publicidad — de la "dialéctica" como arte de suggestionar los espíritus — las que conviene estudiar, y no las de la objetividad y la lógica severa.

La primera de todas esas leyes dialécticas parece ser la siguiente: la opinión pública acaba siempre perteneciendo a la teoría que es socialmente necesario profesar para vivir, vale decir, la adaptación general a un sistema social determinado por la conveniencia utilitaria; esa teoría, impuesta por la fuerza material, se convertirá a su vez en una fuerza material también, nacida del condicionamiento de los individuos a la nueva realidad social en formación.

Haced recitar el credo antes de dar el plato de sopa; el alma simple no tardará en ver en la sopa la verificación misma del credo. Una inteligencia más sofisticada encontrará la manera de evadirse — forjándose una coacción justificadora — del desprecio de sí mismo que entraña el hecho de haber vendido por un plato de sopa el derecho y el deber que tiene cada individuo de ejercer la autonomía de su conciencia.

Si es necesario, el intelectual, el privilegiado de la inteligencia, llegará a persuadirse que sería egoísta de su parte negarse a la proclamación de una fe que aporte a los "humildes", por la virtud del pragmatismo social, el consentimiento de la cabeza y del vientre. Por eso se apresurará a sacrificar su privilegio sobre el altar de la comunidad, tranquilizado interiormente por el hecho que, procediendo así, nada pierde de su poder social; por el contrario, cambiando la austera y dudosa búsqueda de la verdad contra la creación previa de la propaganda, de una verdad activa e intensa, habrá trocado los atributos modestos del investigador por los heroicos y gloriosos del profeta.

Por mi parte, no acepto esa pretendida ciencia revolucionaria que se lanza sobre la eficacia inmediata como sobre una prueba y que se apresura a "cambiar el mundo" para no tener que "interpre-

tarlo." (1) Primeramente, porque cambiar el mundo a todo precio y en el sentido de la menor resistencia de las cosas, signifique probablemente envilecerlo y degradarlo; en segundo lugar, porque el pensamiento, para orientar de manera válida la acción, debe suspender o, cuando menos, limitar la acción. Es menester realizar la experiencia, metódicamente instituida y metódicamente controlada, antes de proclamar los resultados. De esta labor es de la que se ocupa menos la pretendida "ciencia de la revolución". En vez de lanzar a todo trance a la humanidad en la "praxis" revolucionaria, me parece necesario mantener o restablecer una separación entre el pensamiento crítico y la acción. La acción, es cierto, no podrá ser separada de motivos emocionales, de objetivos prácticos impuestos por la necesidad, la pasión, el temor, etc... Pero el hombre puede establecer distancias con relación a su ser instintivo, y es justamente en esta situación en la que él debe formular un juicio de valor o de realidad. El pensamiento es ahí el silencio de las pasiones y también la acción diferida, el reflejo interrumpido, el comportamiento desprendido del condicionamiento. "Interpretar el mundo" es una función autónoma, teniendo su valor en sí misma; "cambiarlo" es una función plazada bajo el control de la primera. Una especie de separación de lo espiritual y lo temporal se instituye, distinción rechazada por el pragmatismo soreliano, el intuicionismo bergsonian y el marxismo. Este último confunde "dialécticamente" la "crítica por las armas" y el arma de la crítica, mezcla el "cambiar el mundo" por su interpretación y subordina lo segundo a lo primero.

Esta situación nos conduce a esta abdicación vergonzosa del espíritu humano cuya fórmula es la apuesta de Pascal: "Si concedo a Dios la fe y resulta que no existe, no pierdo nada; si existe, lo gano todo. Si no concedo mi fe a Dios me arriesgo a ir al infierno si resulta que existe." La apuesta de Pascal, renovada por tantos intelectuales contemporáneos hacia el Dios-Stalin o sus iguales de otras partes, se reduce en última instancia a este cálculo: lo que importa no es contradecir a los poderosos, mientras que es interesante contradecir a las gentes que nada tienen que ver en la retribución de méritos o desméritos ideológicos. Si la creencia en Stalin-Dios o en la URSS-Paraíso se recompensa con satisfacciones inmediatas o previsibles — de orden moral o material — y si el descreimiento o la herejía se castiga en este mundo o en el otro, es decir, en el presente o en el porvenir; si, además, el ateísmo vis a vis de Stalin no ofrece idénticas ventajas, positivas o negativas, resultará que todo hombre dispuesto a hacer políticamente la apuesta de Pascal, se volverá hacia Stalin, dando la razón, al mismo tiempo, a la teoría marxista de la mixtificación creadora, ya que aportará a Stalin y a la URSS la fuerza necesaria para suprimir todo elemento de comparación que permitiera al espíritu humano negar el carácter genial del Padre de los Pueblos y la naturaleza paradisiaca de su régimen.

Hay que señalar que las democracias occidentales, para desviar los espíritus de semejante adhesión al stalinismo, no han podido encontrar otro remedio que proponer una apuesta "más ventajosa" que la de sus enemigos, profetizando una victoria del lado america-

no y anunciando a la vez premios y castigos para los que tomen partido por o contra él en el plano ideológico o crítico. Esta actitud da la razón al marxismo, al stalinismo y al totalitarismo **sobre el método y sobre el fondo filosófico del problema**. El americanismo es también un pragmatismo idólatra de la fuerza. En efecto, la cuestión de saber si una cosa es verdadera queda subordinada en un caso como en el otro a una apreciación de la fuerza, real o virtual del partido al que afirma o al que niega. Una cosa que "será cierta", si dispone de la fuerza de las bayonetas, "ya es verdadera", dialécticamente hablando.

Para ser un hombre digno del nombre de tal, hay que separar el deber del hecho, y aislar el juicio resultante del interés práctico. Hay que saber defender de todo corazón la causa que se sabe perdida, o la que se sabe que tiene menos probabilidades de vencer. (El stalinismo no admite "chances" ni "posibles" diversos, sino un solo "posible": el que se **realizará**). La autonomía de la razón sólo puede plantearse por el desprendimiento de los juicios de valer con relación a los juicios de realidad o de **probabilidad**.

(Tradujo del francés para C. I., B. Milla)

(1) Karl Marx. — Tesis sobre Feuerbach.



ROQUENTIN LIBERADO

por EMILIO UCAR

I

Ser así, tal como soy, es una culpa, mi culpa fundamental. He ahí el descarnado postulado existencialista de Jaspers que eleva al hombre a la categoría de sumo responsable en virtud de algo que, por lo mágico, nos cuesta enormemente comprender (no digamos ya sentir). En verdad, el mismo Jaspers admite que a nadie le es dado elegir jamás entre ser como es **ser así**, o de cualquier otro modo. Conscientemente, desde luego. Sin embargo el hombre —agrega— es permanentemente solidario de sí mismo. Y de sí mismo como es. Por eso es responsable. Reconocer, pues, el **ser así** como cosa propia, crea simultáneamente la culpabilidad. Haya o no habido elección, acto voluntario previo. Esto —que para algunos no podría ser otra cosa que metafisiquear sobre la más aventurada abstracción del hombre— es lo que más importa a Jaspers, Sartre, sus antecesores y sus continuadores. Determinismo absoluto, cerrado, sin escapatoria.

II

Véase que lo curioso, lo paradójico, comienza cuando los existencialistas asignan al hombre —su pobre muñeco atado de pies y manos— el máximo de libertad. El hombre de Sartre no es, sencillamente, libre; **está obligado** a ser libre. Es el soberano de una libertad previa elaboración psíquica y sin finalidad ética; una libertad fría —regalo del cielo— que no nace de la tierra, ni se cria entre los deseos del corazón; una libertad que nadie quiere. Los existencialistas olvidan que lo fatal no interesa al hombre, como no sea para trabar relaciones con la muerte. Y que, aún así, hay quienes lo desprecian.

Por todo esto la fórmula existencialista no cuenta sino con las simpatías de los filósofos, esos extraños seres desprovistos de sensibilidad humana, de auténtico don poético, que juegan su imperturbable partida de ajedrez con oídos sordos a los gritos del hombre, del dolor, de la injusticia, que devastan la tierra.

III

Sin embargo, la desazón existencialista (no podría llamarla de otra manera) es, en cierto modo, producto de una de las más ricas experiencias del pensamiento contemporáneo. La escrupulosa tesis

planteada por Sartre en "L'Être et le Néant" es el más hábil proceso a la incertidumbre del hombre actual —post y pre-bélico— ante un futuro preñado de amenazas. Proceso más metafísico que psicológico. Por ese camino, las especulaciones no por cierto piadosas del intelectual existencialista le lleva a considerar las circunstancias vitales del hombre desde una mira pomposa y peligrosamente razonada, Y, por ende, inhumana.

A base de deformación y mutilación de valores éticos consagrados, el existencialismo ha pasado a ser, de golpe, una doctrina del desamor. Quebrando la autenticidad real, (por otra parte indudable) de la conciencia, con miras a alcanzar las más remotas puntas de la verdad (que, al fin, poco interesa), ha creado una ficción angustiosa —la náusea— perfectamente inútil, aunque obsesionante, para el hombre común.

Claro está que, puestos de atemano en la cadavérica posición de los expertos en sòndeos metafísicos, admitiríamos que "lo real", si tiene excrescencias, contacta con el espíritu sólo por sus cualidades más groseras. Pero sabemos bien que esto es mentira. Entonces empiezan las ficciones: la conciencia — dice Sartre — es un vacío que fracasa cuando se propone crear mundos. Lo que vale de por sí, con vida propia —asegura— es el volumen carnoso de una mano, el árbol (¡los famosos árboles del parque de Bouville!); pero no Roquentin, sólo conciencia, es decir, una pequeña y despreciable máquina registradora de nombres, actitudes, gestos que pasan y dejan pronto de ser. "Los objetos —especifica— no debieran comovernos, puesto que no existen".

IV

Victor E. Frankl ha creado un magnífico método de cura psicológica, la Logoterapia, basado en la libertad inalienable del hombre para encauzar su espíritu desviado por nuevos derroteros. Rectifica, así, el camino de los seres que van indefectiblemente a la anulación y les ofrece sólidos motivos de pervivencia. Por otra parte, citar el báculo de la imaginación, motor primero de la esperanza en la vida diaria de cualquier hombre y trampolín del artista, resulta obvio. Todos estamos de acuerdo en usar la escala de la quimera para evadirnos, y hasta lo hacemos inconscientemente, de rutina.

Pero el dómíne existencialista ha dado la negra orden a su muñeco de palo infinitamente "libre": la imaginación no salva del hastío; las quimeras, sólo sueño y persuasión, no existen. ¿Alguien se rebela frente a esto y hasta se permite cimentar sobre sueños su propia razón de ser? Ese —dice Sartre— obra de mala fe.

¡Pobre Roquentin! El personaje de "La náusea", el hombre que lucha desesperadamente para ahivianarse del peso de la realidad, es acogotado por su autor quien le niega la facultad por antonomasia del espíritu de crear mundos o, por lo menos, de darle un sentido particular y personal a aquel que integra en plena "libertad" responsable. Le impide, en fin, obrar de mala fe.

V

"La conciencia —confirma sumiso Marril— Albères —fracasa en la tarea de fundar mundos. "Nosotros, que creemos firmemente en las posibilidades creadoras del hombre, hemos pensado si para algunos "libertad" es sinónimo de "neurosis". Si así fuera, de los locos, somos capaces de esperarlo todo para una Humanidad mejor. Mientras tanto lo esperamos de los poetas.

Pero puede suceder también que el existencialismo sea sólo un juego de palabras y conceptos vacíos y que, para seguir viviendo y construyendo, alcance con retirar de la circulación a los muñecos de palo y olvidar a quienes los edifican. ¿Acaso desde "La Náusea" misma no nos permitimos sospechar que Roquentin escaparía de Bouville? Es más: ahora creemos con seguridad en su evasión. Lo hemos visto, leído, vivido. Allí o en otro lado. En "Los caminos de la Libertad", por ejemplo. Porque la prueba terminante del triunfo de Roquentin sobre "la conciencia impotente" es, para nosotros, el propio novelista Sartre, su humanísima reencarnación. En él empieza el tiempo de la libertad verdadera y de la culpa.



LOS JUSTOS: EL FIN Y LOS MEDIOS

Por J. CARMONA BLANCO

En la trayectoria del pensamiento de Camus, que viene concretándose en estos últimos años en una sana y profunda teoría opuesta a la legitimación de la violencia, frente al mundo de violaciones y desprecio de la condición humana en el cual hoy vivimos, "Los Justos" pieza en cinco actos representada por primera vez el 15 de diciembre de 1949 en el Teatro Hébertot, de París, es un jalón que señala la madurez de su pensamiento.

Hemos citado la palabra trayectoria a propósito, con el objeto de hacer notar que esta reciente obra — que no vacilamos en llamar maestra —, no es el resultado de un momento o período de genial inspiración, sino el fruto de un prolongado estudio, el desarrollo de un pensamiento que viene preocupando al autor desde mucho antes, y que puede ser perfectamente seguido a través de sus obras precedentes.

Nació esta preocupación en los años de la Resistencia francesa frente a la ocupación alemana. Fué durante aquellos años cuando la violencia que germinaba en forma de ciertas tendencias dentro de las actuales generaciones se le mostró a Camus en toda la plenitud de sus consecuencias. Es muy probable que entonces tuviera ya el oído atento. La guerra civil española fué un grito demasiado fuerte para no ser escuchado por un hombre de su sensibilidad. Aquello fué sin duda un principio.

La Resistencia — a la que se entregó Camus activamente — tuvo muchísimas estampas en cierto modo semejantes a esa violencia practicada por "Los Justos". No es, pues, inverosímil imaginar que en el transcurso de aquellos años se produjeran en su espíritu los mismos problemas y las mismas dudas que atormentan a los personajes de su obra; ni que, una vez concluida aquella etapa, el autor se hiciera el firme propósito de analizar profundamente el problema de la violencia, e intentara extraer conclusiones que le permitieran establecer el equilibrio de su espíritu, atormentado por aquellos años de lucha.

Ya en la primera de sus contestaciones a Emmanuel d'Astier de la Vigerie, en el transcurso de la polémica que ambos sostuvieron en 1945, Albert Camus expone algo fundamental de su pensamiento: "Siento horror de aquellos cuyas palabras van más lejos que sus actos. En esto me separo de algunos de nuestros grandes espíritus, cuyas incitaciones al crimen dejaré de despreciar en cuanto sean capaces de sostener con sus propias manos los fusiles de la ejecución".

Camus entiende que cuando un hombre acepta como necesario un hecho de violencia, en el que la vida de otro hombre va a ser rota, sólo aceptando sobre su propia persona el precio de ese acto, puede hallar un mínimo de justificación. En "Los Justos" nos dice cual es el precio de tal hecho: la propia vida de quien lo ejecuta.

Camus sitúa la acción de "Los Justos" en la época en que el nihilismo había invadido casi todos los campos del socialismo revolucionario, y toma como escenario la Rusia zarista. Lo elige así porque seguramente interpreta

que, siendo la violencia el resultado evidente de los Estados totalitarios o capitalistas, es en el terreno del socialismo donde debe ser discutido el problema, ya que ha sido precisamente en él donde se ha intentado resolverlo. Es positivamente un problema de actualidad candente que el autor prefiere tomarlo desde sus comienzos, en el propio manantial — porque la corriente se mostraba allí más cristalina, cuando todavía no se había enturbiado con el barro de tantos caminos.

Las dos formas de la violencia, la de la carne y la del espíritu, son aspectos abordados en "Los Justos". Actualmente sabemos que ambos aspectos se complementan, que los violadores utilizan siempre estas dos formas de la violencia, para llegar a una a través de la otra, según los casos. Se violenta el espíritu de un pueblo para llevarlo a la guerra, o se violenta la carne de un hombre para llegar a la nulidad de su espíritu. Pero existe todavía otra fase más de la violencia, que es la réplica de los violentados. Camus se niega a darle legitimidad a ninguna de las tres formas, ni siquiera a la última, aunque ella sea la promesa de un futuro mundo sin violaciones. Esta esperanza proporciona a los actos un carácter no ya transitorio sino esporádico. Después se plantea el problema del hombre que se decide a usar de la violencia para terminar precisamente con ella, pero que, por su mismo acto, se inutiliza para el mundo que está intentando forjar. La posible utilidad de su gesto es un legado a todos los otros hombres. No puede ser más que un legado ni puede haber más que un solo hecho. Ese hombre no desea sobrevivir en forma de violentador. Acepta la necesidad de su acto y paga su precio: la vida, o, más exactamente, la muerte. He aquí la médula misma de "Los Justos".

El hombre que desea, sin embargo, sobrevivir; el hombre en quien la lucha violenta contra la violencia se halla legitimada en su mentalidad y termina siempre por tomar en él un carácter endémico, halla argumentos, muestra las huellas que la violencia de los otros ha dejado en su cuerpo. Se justifica en ellos. Pero sería una pobre justificación. El mismo se da cuenta. Por eso recurre al fin, al ideal, a la invocación de ese mundo futuro sin violencia. Sufre de una justificación a otra, sin lograr encontrarse nunca y, no obstante, creyéndose siempre convencido. He aquí el problema de "Los Justos".

Kaliyev es la médula, Stepan es el problema. Dora es la duda que termina en certidumbre.

Stepan tiene necesidad de mostrarse duro, de hacer con su dureza una muralla que le defienda de su real debilidad endémica. Por eso dice: "He venido para matar a un hombre, no para amarlo ni para saludar su diferencia".

Pero Kaliyev ha comprendido. Ha sabido llegar hasta la médula. Se encuentra allí, entre ellos, precisamente porque está dispuesto a pagar el precio que su pensamiento le impone.

"No lo matarás solo y en nombre de nada. Lo matarás con nosotros y en nombre del pueblo ruso. He aquí tu justificación".

Stepan se desliza. Sabe que esta justificación exige precio:

"No la necesito. Hace tres años que me he justificado en una noche y para siempre, cuando me torturaron".

Son dos caminos opuestos. Kaliyev lo advierte de inmediato. ¿Están allí los dos verdaderamente para lo mismo? ¿Marchan los dos hacia un mismo fin? Siente necesidad de explicar el suyo:

"Amo la hermosura, la dicha. Por eso odio el despotismo. ¿Cómo explicarme? La revolución, ¡sí! Pero la revolución para la vida, para dar a la vida una oportunidad, ¿comprendes?"

Existe un límite. Kaliyev lo sabe, lo siente. Existe un límite en la

violencia contra la violencia que "Los Justos" no pueden traspasar sin dejar de serlo. Kaliyev lo conoce y sabe hacerlo sentir a los demás miembros del grupo. Sólo Stepan se resiste. Para él las cicatrices de su cuerpo tienen demasiada importancia para que logre olvidarlas. La violencia que han ejercido en su carne, sin que él lo sepa concretamente, le ha violado el espíritu, lo ha inutilizado para ser justo. Los demás levantan sus voces sobre él.

Annenkov, el que dirige las operaciones, le interrumpe:

"No puedo dejarte decir que todo está permitido. Centenares de nuestros hermanos han muerto para que se sepa que todo no está permitido".

Y Dora, con su lógica femenina, añade:

"Incluso en la destrucción hay un orden, existen límites".

Stepan no los acepta. Su odio no se detiene ante nada. Ni siquiera los niños que puedan ser sacrificados, en el camino de ese mundo que persigue, significan para él un obstáculo. Pero, ¿conoce verdaderamente lo que persigue? ¿Sabe exactamente dónde conducen sus palabras?

"No tengo bastante corazón para comprender esas pequeñas. Cuando nos decidamos a olvidar a los niños, ese día seremos los dueños del mundo y la revolución triunfará".

No, no lo sabe. Pero Dora ha comprendido el significado de sus afirmaciones y replica:

"Ese día, la revolución será odiada por toda la humanidad..."

Stepan argumenta. No le importa el odio de la humanidad con tal de que la revolución triunfe. La revolución terminará con la esclavitud de la humanidad, a pesar de ella si es preciso. Al argumentar así ha puesto de manifiesto su verdadera debilidad. Ha prescindido, se ha olvidado del problema de la violencia. Ellos, "Los Justos", no pueden olvidarlo; no tienen derecho porque en cierto modo también lo encarnan. He ahí el problema y he aquí la duda:

"¿Y si toda la humanidad rechaza la revolución? — pregunta Dora — ¿Y si todo el pueblo, para quien tú luchas, se niega a que se le muerte a sus niños? ¿Será también necesario golpear?"

Kaliyev, sin embargo, no duda. El ya se ha contestado a esas preguntas porque está decidido a pagar. No cree, como Stepan, que en el empleo de la violencia sea posible pagar su precio de antemano. Sólo se paga una vez y para siempre:

"He aceptado para derrocar el despotismo. Pero detrás de lo que tú dices, Stepan, veo anunciarse un despotismo que, si llega a establecerse alguna vez, hará de mí un asesino, mientras que yo intento ser un justiciero".

Y más tarde añade:

"¿Tú sabes que existe un honor en la revolución. Es aquel por el cual aceptamos morir".

Se dirigen fatalmente hacia el hecho, incontentiblemente. Están todos reunidos allí para luchar contra la violencia. Les une un lazo demasiado fuerte. Han avanzado juntos mucho trecho para que ahora puedan separarse sin desmoronarse enteramente. Están todos allí para obrar, para ejecutar. La oportunidad es para Kaliyev. "Los Justos" esta vez van a tener por mano su mano. La muestra para que vean que no tiembla, que mientras no haya un niño que se le interfiere, no temblará. Porque Kaliyev ha decidido golpear, ha aceptado la necesidad de golpear. Desea hacerlo una sola vez y pagar inmediatamente.

Cuando todo ha terminado ya, concreta su pensamiento:

"Si he sabido estar a la altura de la protesta humana contra la violencia, que la muerte corone mi obra para la pureza de la idea".

Este es el precio.

Hemos dicho que Dora es la duda. Eso le permite descubrir algo más que Kaliyev después que éste hubo liquidado su deuda. Pero ahora ya no es una duda. Ahora todo está perfectamente claro: Kaliyev pagó el precio del Gran Duque, pero, el precio de Kaliyev ¿quién lo pagará?

"Si la única solución es la muerte, no marchamos por el buen camino. El camino verdadero es aquel que conduce a la vida, al sol. No se puede vivir con frío eternamente..."

Lo ha comprendido demasiado tarde. Ahora tiene que pagar también ella. Exige su derecho a la próxima oportunidad. Annenkov la comprende y acepta:

"Es un orgullo que pagamos con nuestra vida. Nadie puede ir más lejos. Es un orgullo al que tenemos derecho".

Pero Dora ha visto claro. Ha previsto ya las consecuencias. El sacrificio de Kaliyev le ha permitido llegar hasta lo más profundo del problema: "¿Estamos seguros de que nadie irá más lejos? A veces, cuando escucho a Stepan, siento miedo. Quizás vendrán otros que justificándose en nosotros matarán y no pagarán con su vida".

Annenkov presente que Dora tiene razón, que posiblemente ellos están pagando de antemano por otros. Debe sentir una honda repugnancia mientras exclama:

"Eso sería cobardía".

Albert Camus, con "Los Justos" ha colocado a las actuales generaciones frente a uno de sus más importantes problemas morales. No pretende resolverlo — se trataría de una pretensión excesiva —. Se limita a exponerlo de forma que obligue a pensar, porque como presumió Dora, quien ganó la partida fue Stepan.



POESIA Y EJEMPLO DE MIGUEL HERNANDEZ

por BENITO MILLA



Miguel Hernández, nació a la vida y a la poesía en Orihuela, pueblo de Alicante, en el seno de una familia campesina. En la poesía de sus primeros años está manifiesta la importancia del paisaje circundante. El paisaje levantino es luminoso y ancho. Orihuela presiente el mar. La claridad mediterránea llega como una gran vibración solar, despejada y tersa, atenuada en un previo verdor de naranjos y palmeras. Es la luz de Africa tumbada por el rumor y el azul fresco del Mediterráneo. Casas blancas, hombres lentos, higueras abundantes en frutos y sombra.

En contraste con el deslumbramiento del paisaje, el misticismo vital y profundo del alma levantina, herencia del largo paso morisco por la región. Este clima y este ambiente explican la poesía y el temperamento de Hernández. Un espíritu deslumbrado y cálido, enraizado en el suelo y soñador, lleno de pasión, de vida, e impenitente evocador de la muerte, presente a lo largo de toda su obra poética. La vitalidad, la plasticidad de su lenguaje sólo es posible en su comunión espiritual con la tierra madre; su humanidad, su fervor de hombre, se explican suficientemente en su condición de hombre del pueblo. No le atraen Madrid, el asfalto ni los ascensores. La higuera, el agua y el campo son los temas vitales de su poesía. Y el amor y la muerte, sentido y presentida. Su estilo y los elementos constitutivos de su lenguaje hay que buscarlos en la égloga. Los sonetos de "El Rayo que no cesa" saben a tierra labrada. Su paralelismo, su imperturbable simetría evocan constantemente los surcos rigurosos que abre el arado en la tierra dócil. La forma clásica se da en Hernández con la naturalidad de la tierra. Su exacta geometría sólo se altera cuando el viento de la tragedia levanta todos los honrados y leales pechos españoles en la más tremenda conmoción nacional vivida por España a lo largo de su historia.

La guerra civil pone en vilo al pueblo español entero. En España, desde el Cid hasta hoy, sólo tiene una manera de hacer poesía el pueblo: el romance. El romance es un arma para Miguel Hernández: con él se defiende y defiende a su pueblo de "los bárbaros del crimen." Su condición de hombre del pueblo está en sus versos de entonces.

"...si yo he nacido de un vientre desdichado y con pobreza fué tan sólo para hacerme defensor de los humildes, eco de la mala suerte..."

Esta premisa debía mantenerla hasta el final. Luchó denodadamente, con el fusil y la pluma, hasta su muerte.

Después de su muerte, acecida en la cárcel franquista de Portier, se hizo el silencio en torno a la vida y la poesía de Miguel Hernández. En España, el ruido de las espadas victoriosas ahogaba todo rumor de libertad. El despotismo triunfante repudiaba toda creación cultural, toda manifestación artística, toda expresión libre. El clima de violencia y represalias que sucedió al entronizamiento de Franco no era precisamente el más propicio para valorar públicamente el alto ejemplo de la vida del poeta, extinguido en plena mocedad, ni el más conveniente para la extensión de su poesía. Su acento era demasiado fuerte y demasiado libre para retumbar en aquel cementerio. Pero el tiempo de las inevitables reparaciones debía venir. El lo presintió desde su celda, desde su inermes condición de presidiario. No cesó de cantar, dando a luz en la tinibla carcelaria las composiciones, inéditas todavía, de un **cancionero y Romancero de ausencias**, al que pertenece el poema que publicamos hoy. Su fé en el luminoso destino de su poesía está implícitamente contenida en estos dos versos simbólicamente afirmativos:

"¿quién encierra una sonrisa?
¿quién amuralla una voz?"

Sublimada en su amor total, sin olvido posible, su obra debía remontarse por encima del dramático desenlace de su vida, perdurar y acrecerse en el corazón de los jóvenes. Su reivindicación como poeta se produce en España en el instante mismo en que las nuevas promociones ensanchan el panorama poético de la península y se vuelven apasionadamente hacia las señales inextinguibles que dejó la generación de 1936. De esa generación, crecida en el estruendo de la lucha popular, el que dió un acento más hondo y conmovido, más terroso y señero, fué Hernández. Su poesía era tierra, pueblo y fuego de España. ¿Cómo extrañar la fervorosa exaltación varonil de su conducta, la enardecida resonancia de su poesía durante la lucha de su pueblo contra la ignominia militar? Hoy re-

tumban sus versos incontinentemente entre los nuevos poetas peninsulares, como un clamor desmesurado ante su sacrificio injusto, como una reparación para el poeta y la condenación irremisible de sus victimarios.

La reivindicación de Miguel Hernández es la rebelión de la joven poesía española por encima de las imposiciones políticas vigentes e inicia el tiempo de la liberación intelectual en la península. Corresponde esta manifestación, en el plano estético, a la agitación obrera en el plano social. Son los prolegómenos de la libertad, de "victorioso desenlace", como la quería el poeta. Ni se amuralla ni se entierra una voz libre. Esa es la poesía y el ejemplo de Miguel Hernández.



ANTES DE MORIR

por MIGUEL HERNANDEZ

Beso soy, sombra con sombra.
Beso, dolor con dolor,
por haberme enamorado,
corazón sin corazón,
de las cosas, del aliento
sin sombra de la creación.
Sed con agua en la distancia,
pero sed alrededor.

Corazón en una copa
donde me lo bebo yo
y no se lo bebe nadie,
nadie sabe su sabor.
Odio, vida; cuánto odio
sólo por amor!

No es posible acariciarte
con las manos que me dió
el fuego de más deseo,
el ansia de más ardor.
Varias alas, varios vuelos
abatien en ellas hoy
hierros que cercan las venas
y las muerden con rencor.
Por amor, vida, abatido,
pájaro sin remisión.
Sólo por amor odiado,
sólo por amor.

Amor, tu bóveda arriba
y yo abajo siempre, amor,
sin otra luz que estas ansias,
sin otra iluminación.
Mirame aquí encadenado,
escupido, sin calor.
A los pies de la tiniebla
más súbita, más feroz,
comiendo pan y cuchillo

como buen trabajador,
y a veces cuchillo sólo,
sólo por amor.

Todo lo que significa
golondrinas, ascensión,
claridad, anchura, aire,
decidido espacio, sol,
horizonte aleteante,
sepultado en un rincón.
Espesura, mar, desierto:
sangre, monte rodador:
libertades de mi alma
clamorosas de pasión,
desfilando por mi cuerpo,
donde no se quedan, no,
pero donde se despliegan,
sólo por amor,

Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante y a paredón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre soy.
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor.

Nó, no hay cárcel para el hombre,
no podrán átarne, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión:
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, sienteme libre,
sólo por amor.



ESPAÑA

por STIG DAGERMAN

Esto no lo podemos olvidar,
España:

Tu día obscuro de odio,
tu noche roja de fuego,
tu tierra roja de sangre,
tu silencio lleno de gritos,
tu pueblo en el destierro,
delante y detrás de los Pirineos.

Esto lo recordaremos siempre,
España:

Tras la máscara
el verdugo tiene miedo en los ojos.
Mientras el tirano duerme
velan los vengadores en la oscuridad.

Tras los que caen,
se levanta un muro de hombres.

Bajo los puentes de la noche,
los dinamiteros esperan su hora.

¡ Hermanos españoles en el Exilio
delante y detrás de los Pirineos!

Vuestro destierro es nuestro destierro,
vuestros muertos son nuestros muertos,

Vuestro odio candente
nos quema en las entrañas.

Con tres cosa queremos ayudaros:
A no olvidar nunca lo inolvidable,
a no perdonar jamás lo imperdonable,
a no tener que pasar demasiado tiempo frío
a la sombra fría del verdugo.

PERSPECTIVA MUNDIAL

Por la Libertad de España

Discurso pronunciado por Albert Camus en París, después de las grandes huelgas de Barcelona, en favor del pueblo español y contra la tiranía de Franco.

Entre las democracias del Oeste — que traicionan a sus amigos — y las democracias, si puede llamárselas así, del Este — que devoran a los suyos — debemos crear una Europa nueva, una Europa donde no quepan ni los embusteros ni los esclavos. No queremos una Europa cualquiera, una Europa, cual se pretende, con generales nazis y con Franco, que podría llamarse una Europa de renegados.

Hitler intentó ya una obra parecida y no le faltó mucho para realizarla. Hubiera bastado entonces, el haberse puesto de rodillas y la Europa nueva estaría construida sobre los huesos y las cenizas de los hombres libres asesinados.

Ahora bien; si alzándose contra ese propósito murieron lo agnizaron en los campos y las cárceles millares de hombres, las palabras libertad y dignidad conservan su sentido, al menos para nosotros, que no debemos traicionar a los caídos.

Si se puede dar crédito a los periódicos, Pétain dijo un día de Franco que era la **espada más clara de Europa**. Sin embargo, no podemos, nosotros, admitir una Europa cortada con semejante espada.

Por su parte, Serrano Suñer ha hablado recientemente en un artículo de una **Europa aristocrática**. Nada tengo yo contra la aristocracia, mas creo que el problema que se le plantea a Europa es precisamente el de crear una élite nueva, puesto que la antigua, lo mismo que la actual, se ha deshonrado.

En mi opinión, no hay sino dos especies de aristocracia: la de la inteligencia y la del trabajo que, asociadas, pueden formar la Europa de nuestros anhelos, la Europa viva, sin trabajo forzado, que prepararía el renacimiento deseado. Mas, por el instante, Europa no es sino una tierra inhumana donde todos nos hallamos hundidos.

Se ha pretendido, no obstante, que esta Europa doctrinaria de Nietzsche, de Hegel y de Marx era una tierra de dioses. Ahora, ahora recogemos los frutos de esas teorías de orgullo y de fuerza. Y si el hombre se ha convertido en dios, obligado será reconocer que vale bien poca cosa. Porque jamás reinaron sobre el mundo dioses más mezquinos...

Europa solamente ha sido grande en la medida en que ella extendió por el mundo sus valores espirituales, pues cuando quiso imponer por la violencia una teoría o una doctrina, más bien ha dado la impresión de una madre agotada que alumbró niños débiles, si no monstruosos. Europa debe, pues, aplicarse para encontrar la verdadera razón de su agotamiento. Y no le queda más que un camino: el de la bondad.

* * *

No es posible prescindir de esa cultura que nos ha dado el Don Juan y el Don Quijote, las dos imágenes más puras de la sensualidad y el misticismo. La cultura española es lo que anima hoy nuestra esperanza. Pero cabe preguntar: ¿dónde se encuentran sus representantes? Los muertos españoles de los campos alemanes, del desierto de Libia, los de la división Leclerc, podían contarse entre sus valores.

¿Qué queda, sin embargo, de esta cultura en la España actual, donde las doctrinas son tan groseras, tan estúpidas, que prohíben toda publicación no controlada por el gobierno? No, Europa no puede hacerse a la manera de la España de Franco.

Se cierran en España las puertas incluso a las obras literarias, de modo que se censura a un Marcel Aymé y tantos otros que, por cierto, no son revolucionarios muy terribles. En cambio, a nosotros nos consienten la lectura de los libros de Benavente. Y la desgracia es que los libros de Benavente, sobre todo los de la nueva época, carecen de interés y no se pueden leer.

Se nos ha dicho que en España **todo es libre**, mas debe entenderse que es libre todo aquello que no está prohibido. Franco se nos muestra como un "anarquista" — en el sentido inverso al de mis amigos anarquistas de la CNT que luchan por una vida libre en un nuevo orden —, que ha fomentado en su pueblo el desorden y la injusticia.

Allí, los mandatos de ejecución concluyen con esta fórmula: **Que Dios os guarde muchos años**. Allí, se obliga a los otros que suscribirse a "Redención". Sin embargo hay una redención que no admite suscripciones: la redención que reside en el juicio de los hombres libres. Si en España existe un Cristo, éste se encuentra en las celdas y aun entre los católicos que, no pudiendo soportar las ceremonias oficiales de ciertas iglesias, rechazan la comunión.

Según uno de sus admiradores, **Franco debe cerrar los nudos gordianos de los problemas seculares**, cuya solución depende únicamente de su genio. Además ha dicho: **No es que nosotros marchemos en una dirección distinta, sino que vamos más de prisa que los otros; es decir, que estamos ya de retorno cuando los demás no han alcanzado aún la meta.**

Esto, indudablemente, explica muchas cosas, pero, para nosotros, la España de Unamuno es preferible, no la del falangista Rocamora.

Se comprende, claro es, que ciertas gentes, no contando ya con Hitler ni Mussolini juzguen a Franco indispensable. Franco ha sido

juzgado con severidad hasta que se pensó en la necesidad de formar 30 Divisiones dispuestas para hacer la guerra. Pero a partir de este instante. —la promesa de la 30a. División — se le ha cambiado de nombre y de categoría.

¿Qué esperan, pues, para hacer lo mismo con Rusia? Esta merece mayores consideraciones, siquiera sea por disponer de más de 160 Divisiones.

La Europa que nosotros deseamos no puede ser la de una causa cuya justicia se calcule según el número de cañones. Por eso, puede afirmarse que el pueblo español no luchará jamás en nombre de una libertad que se le ha negado.

Aprobando el restablecimiento de las relaciones con Franco, América ha firmado la ruptura con Europa, nuestra Europa, la Europa de los hombres libres.

No queremos, no, una Europa en que la policía, cual ocurre en nuestro país, torture o consenta se torture a los hombres honestos, a los militantes responsables como José Peirats, secretario general de la CNT de España, de quien pedimos, ¡exigimos!, la inmediata liberación.

Un día vendrá en que saldremos de estas miserias, de todos estos crímenes. Ese día, la España de la libertad se reagrupará en las cimas de los Pirineos y, con ella, nosotros encontraremos una nueva Patria.

Delincuencia Juvenil

Los estudios recientemente realizados por Comisiones especializadas de la UNESCO, vierten nueva luz sobre el problema de la delincuencia juvenil, uno de los más dramáticos de estos tiempos. Según esos estudios, es cierto que, a medida que el final de la pasada guerra se va alejando en el tiempo, disminuyen sus nefastas proyecciones sobre la mentalidad de los niños y adolescentes, fuertemente influida por la violencia en estos años últimos. Pero revelan asimismo la persistencia de amplias manifestaciones de delincuencia juvenil como sedimento de la brutalidad bélica o post-bélica, o como resultado del clima de violencia social que perdura todavía.

Uno de los detalles más característicos, aunque no haya llegado a concretarse de manera definitiva, es el rechazo de la noción lombrosiana sobre la preponderancia de los factores hereditarios en las manifestaciones generales de la delincuencia juvenil. Por el contrario, se ha comprobado que los factores eminentemente perturbadores de la psicología del adolescente hay que buscarlos en el desequilibrio social originado por la guerra y sus deplorables consecuencias en las normas de relación humana, en la subversión de valores morales estables que toda lucha comporta, y aún en los aspectos más generales de la miseria, el abandono y la dureza de

la vida presente. En una sociedad librada al desenfreno económico, a la desigualdad, al mercado negro y a toda suerte de violencia, los impactos en la sensibilidad juvenil pervertida antes de su maduración tienen efectos desastrosos. Esta comprobación es ampliamente corroborada por la moderna psicología (1), y las pruebas comienzan a amontonarse en todos los organismos interesados en el estudio de este grave problema, no solamente entre los profesionales de la UNESCO, cuya labor no desmerece por eso.

Independientemente de las causas directas e inmediatas de la guerra, se señalan factores derivados de mucho interés. En general, el ejemplo corrosivo del poder, que es la más alta expresión de la violencia organizada. Inmediatamente, la radio, el cine, la literatura y el alcohol.

En el dominio de la literatura, la predisposición mental a la violencia creada por la guerra ha abonado el terreno a una literatura del horror, de la que tenemos acabadas manifestaciones en un haz numeroso de escritores actuales. Su obra incide fundamentalmente sobre la morbidez, la sangre, el trauma y el sexo. No es significativo que de una novela como "No hay orquídeas para mis Blandisch" se imprimieron medio millón de ejemplares sólo en Inglaterra? Tal novela es una mezcla de crimen y sexo, que se salda con ocho crímenes premeditados, torturas, violaciones y muertes accidentales en número suficiente como para provocar las reacciones más salaces en el lector más frígido.

La literatura para niños se ha visto infestada estos últimos años por las más refinadas expresiones del sadismo, la violencia física y la pornografía dosificada. Hace tres años, a instancias de los tribunales de menores, las autoridades francesas debieron prohibir varias de esas publicaciones. Norteamérica es una nación típica por su proliferación en publicaciones de ese tipo. No es extraño que en el año 1947, solamente en Chicago, desfilaran ante los tribunales 7.000 menores. Pero el fenómeno no es ya localizable en este o aquel país, pues se ha extendido a todos. Esta expansión, aún contando con las predisposiciones locales existentes, ha contado con la ayuda eficaz de la literatura y del cine norteamericanos. Después de la proyección de la película "Gilda", en los cines italianos, uno de los semanarios para jóvenes de mayor circulación se llamó así.

El cine europeo ha querido en algunas ocasiones denunciar la sórdida condición de la infancia y la adolescencia europea estragada moralmente por la guerra. Dos documentos típicos son "Lustrabotas" y "En cualquier lugar de Europa". La misma UNESCO puso de relieve, en ocasión de su campaña de Ayuda a la Infancia desnuda del mundo, que en Grecia y otras naciones las condiciones físicas de la infancia se habían alterado durante y después de la guerra, disminuyendo en tamaño, capacidad física y mental. Si a esas deficiencias físicas perturbadoras del desarrollo psicológico del niño añadimos las implicaciones que ejercen sobre su conducta inmediata las constantes incitaciones de un medio social pervertido, tendremos explicada una parte —la más

significativa del problema de la delincuencia juvenil. Pero llegados a esta conclusión, importa establecer los recursos humanos capaces de modificar esas condiciones. Ahí surge el inconveniente más grave de esta triste realidad, pues los gobiernos nacionales y sus dependencias son, en todo caso, cuando no absolutamente incapaces, propiciadores de tal estado de cosas. Lo que equivale a reconocer que la sociedad tiene que valerse de sus propios medios si en realidad quiere llegar a la creación de posibilidades eficaces de regeneración de su juventud delincuente.

Sergio Romero

(1) Anna Freud, "Los niños y la guerra"

La guerra y la política internacional

En algunas importantes publicaciones de Europa y América se ha publicado un artículo de Bertrand Russell en el que se examinan de una manera personal algunas de las condiciones actuales que hacen previsible otra guerra. Ese artículo tiene una doble importancia, por ser su autor quien es y por la larga audiencia que sus palabras encuentran siempre en amplios sectores de la opinión mundial. Entre algunas consideraciones que evidencian en el autor una aguda percepción de la psicología política de este tiempo, hemos creído descubrir también una importante contradicción, mayormente importante por venir de él.

En el texto a que aludimos se dice: "Las guerras vienen cuando cada bando piensa que tiene una posibilidad de obtener la victoria; por lo tanto, la mejor manera de evitar la guerra es señalar de modo evidente que uno de los dos adversarios debe ganar. En 1918 y en 1939, seguramente que los EE. UU. deseaban fervorosamente permanecer neutrales. En ambos casos, sin embargo, la guerra fué un hecho y los EE. UU. fueron llevador a participar en ella. Si hubieran tenido el valor de anunciar anticipadamente que entrarían en la guerra, los dos conflictos no hubiesen tenido lugar."

De ser cierto, como todo parece indicar, que "las guerras vienen cuando cada bando piensa que tiene una posibilidad de obtener la victoria", el reforzamiento de uno de los bandos con adhesiones entusiastas de otros aliados sólo conseguiría acelerar el proceso de envalentonamiento del bando que llegará a creerse superior. De ahí a la declaración de guerra no dista más que un paso, con arreglo a la lógica del planteamiento hecho por el mismo Russell. Pero ese planteamiento es erróneo. Revela la confusión existente entre aquellas personas que, siendo sinceramente liberales y honradamente pacifistas, han perdido mucha de su fuerza analítica ante la obsesión del peligro soviético.

Por mi parte no desestimo la enorme importancia y gravedad que tiene para el mundo la existencia del agresivo imperia-

lismo stalinista, pero ese reconocimiento no implica automáticamente un embanderamiento irremisible en el bando contrario, mientras no quede aclarado qué persigue con su actitud ese bando contrario. De manera que el planteamiento de Russell únicamente tendría validez objetiva si aceptaríamos de antemano que los valores que oponen EE. UU. a Rusia son fundamentalmente mejores. Ahora bien, el filósofo inglés sólo nos dice al respecto y refiriéndose concretamente al "hombre razonable" del Medio Oriente, que la única pregunta que cabe hacerse es "cual de esas fuerzas será la más odiosa". Se acepta así, de una manera subjetiva, que ambas lo son, aunque con una diferencia de grado.

Como puede apreciarse, el problema está maldado desde su raíz. Porque en el fondo no se trata de evitar la guerra —que se da tácitamente por inevitable— sino de aumentar las posibilidades de que la ganen EE. UU. y sus posibles aliados. De esa realidad no declarada parten todas las consideraciones subsiguientes en el artículo de Russell, todas sus advertencias a los pueblos del mundo sobre la significación esclavista, antihumana y totalitaria del stalinismo. Para Russell la guerra es un fatalismo ante el que hay que resignarse participando. La situación moral del gran pensador británico es profundamente fatalista. También las grandes masas siguen sin desear la guerra, pero aceptan el fatalismo conflictivo como algo superior e inexorable. La diferencia de su estado de ánimo con relación del de Russell es un conocimiento "práctico" de las consecuencias de la guerra para ellas. Alemanes, franceses e italianos, que pelearon por causas diferentes y complejas, terminaron al fin de la misma manera. De ahí su ausencia de entusiasmo para las nuevas campañas. Aún en Europa mismo, muchos pueblos se encuentran en una disposición psicológica distinta. Es seguro que si alemanes, franceses e ingleses aceptan ir a la guerra con EE. UU., el pueblo español no lo hará con Franco. La falta de entusiasmo, y aún el odio con que se distingue a EE. UU., proviene de manera principal de la ausencia de valores que oponer a los rusos, no porque se crea que estos son mejores.

Las cosas no se ven de la misma manera desde Londres, Puerto Rico y Madrid. Es cierto, como dice Russell, que con la dominación roja queda mucho por perder; lo que sucede, es que con el triunfo norteamericano **no todos los que luchan van a ganar lo mismo**. Eso explica la apatía de franceses e italianos y la hostilidad del pueblo español. Esta hostilidad se justifica en el hecho mismo del mantenimiento de Franco. Los españoles piensan que un triunfo norteamericano es la perpetuación de Franco en el poder. Sin embargo, es fácil que los pueblos de detrás de la "cortina de hierro" no piensen de la misma manera. Tal vez esperen con la guerra, sacudirse la tiranía stalinista. Un análisis de estas situaciones psicológicas contrarias, hecho con buena intención, podría servir de base a un enunciado claro de valores a oponer al imperialismo stalinista, pero ese trabajo se hace difícil por la misma psicología autoritaria de EE. UU.

El hecho mismo de que los EE. UU. representen sin bastante

razón para ello, ese espíritu contrario a la URSS, invalida la conclusión final del artículo de Russell, al afirmar éste: "La forma de evitar una nueva guerra mundial es hacer que la importancia de los Estados Unidos y de los que están de su parte sea indiscutible a los ojos del Kremlin". Nadie está hoy en condiciones de afirmar que sea una verdad evidente que semejante política de fuerza pueda servir para evitar la guerra. Servirá para ganarla sobre el enemigo. Y, entretanto, sirve también para que se sigan imponiendo restricciones económicas y políticas en todo el mundo occidental. Lo que está en flagrante contradicción con las nociones esenciales de la paz y de la llamada democracia.

Cabe afirmar el carácter apriorístico de determinados valores y derechos, antes que proceder a una movilización arbitraria y forzada de la conciencia mundial. Sabemos que esta tarea no corresponde a los estadistas de la Casa Blanca, sino a los hombres de buena voluntad, firmemente convencidos de que la salvaguarda de los valores humanos depende más de su existencia real que de las bayonetas. No dudamos que sea ésta también la fervorosa ambición de Russell; de lo que dudamos es de que las soluciones por él enunciadas sirvan realmente a la causa de la paz. Por ahora vemos que el creciente poderío estadounidense sirve de manera capitalista la voracidad del imperialismo representado por sus clases directoras, no a los deseos de paz del pueblo norteamericano y de los demás pueblos del mundo.

B. M. N.

Crisis de la Clase Media

El Departamento de Asuntos culturales de la Organización de Estados Americanos ha dado a la prensa tres volúmenes de "Materiales para el estudio de la clase media en América" (Washington, 1950). El debate sobre la agónica clase media está por lo visto en el tapete. En 1949, se publicó en Londres "The English middle classes", obra de Roy Lewis Angus Maude; allí mismo la fundación Nuffield ha concedido 20.000 libras a la London School of Economics and Political Science para que en cinco años realice un análisis sociológico profundo de la clase media. Con anterioridad Friz Marbach había publicado "Theorie des Mittelstandes" y Lewis Corey su "Crisis de la clase media" (1945). No son los anteriores los únicos libros editados en torno del tema, sino unos cuantos elegidos entre los más recientes. Se nota además un creciente interés por los problemas de la clase media en tratados generales de sociología, como los de Max Weber, Freyer, Francisco Ayala, Gineberg, Lhomme, etc...

La aparición de tales obras revela en la pequeña burguesía una preocupación cada día más aguda por afirmarse como clase social.

En lo político sabemos que esa tendencia produce el fascismo. La vieja tradición liberal de la burguesía, que en el siglo pasado la incitó a luchar por la emancipación política de todos, se sustituye hoy por una actitud rencorosa hacia el proletariado. La "managerial revolution" de Burnham no es una simple obra de imaginación. En los países capitalistas muestra una tendencia a la agrupación creciente según la gravedad de los problemas sociales. En Francia, los profesionales y técnicos, únicos representantes de la pequeña burguesía ya que el pequeño rentista ha desaparecido, se unen en la Confederación de Cuadros (C.G.C.C.). En los países "socialistas", la clase media, con un sentido de defensa intransigente de sus intereses, surge de entre los cuadros de la organización económica y política.

En las obras arriba citadas se presencia el intento de la clase media de tomar conciencia de sí misma. Es curioso que el fenómeno ocurra en fecha tan tardía. El individualismo liberal del siglo pasado la impidió reconocerse como clase. Las doctrinas proletarias, que subsiguieron, al destinar a la burguesía a la desaparición, no la incitaban a cobrar conciencia de su condición. Ha sido el incremento del Estado en los regímenes fascistas o sea capitalistas, y en los "socialistas" que ha estimulado, al contacto con el poder, el afán de perdurarse.

N. A.

Colectivismo Libre en Palestina

Ante todo, conviene destacar el hecho curioso de que la mayoría de comunidades libres judías fueron fundadas por socialistas de Estado. Sin embargo, cuando se hubo alcanzado la posibilidad de aplicar sus principios, se vieron obligados a rechazar el centralismo y crear comunidades de tipo libertario. Debe observarse, igualmente que entre todos los movimientos fundadores de colectividades, únicamente los comunistas judíos de Israel no han podido crear ni hacer prosperar un Kibutz.

No puede pasarse por alto, tampoco, un dato muy importante. Y es que las bases de esta revolución judía que significa el retorno a los trabajos de la tierra y a sistemas de producción nuevos, no han surgido del movimiento nacional, sino más bien de una rebelión social positiva iniciada a fines del siglo pasado y desarrollada a favor de las ideas libres bajo la influencia de los socialistas populares (narodnik).

La prensa internacional se ha ocupado bastante de la vida constructiva del pueblo israelita. Todos se han admirado del enorme esfuerzo rendido por estos judíos trabajadores que secaron los pantanos, convirtiéndolos en jardines; las tierras pedregosas en vergeles y los desiertos en lugares habitables. Pero en la actuali-

dad, como ocurre siempre, todos los periodistas y escritores olvidan explicar que cuanto bueno y positivo existe en las colectividades descritas se debe a la aplicación de los principios socialistas libertarios que han influido poderosamente hasta demostrar que solamente atendiendo a la máxima "De cada uno según sus medios; a cada uno según sus necesidades", podían viabilizarse los progresos y el mantenimiento de dichas colectividades.

En el mundo existen pocos ejemplos del socialismo libertario que sean tan concluyentes y constructivos como los de Israel. Puede afirmarse categóricamente que el verdadero socialismo libre es la base fundamental de esas colectividades. Es necesario añadir, además, que la labor realizada en los últimos setenta y dos años de construcción comunalista en Palestina fué llevada a cabo sin la intervención de ningún Estado, sin violencias y sin autoridad suprema. La finalidad deseada se alcanzó por la voluntad personal de cada uno de los que intervinieron en esa magna obra.

En la actualidad, después de los recientes acontecimientos y la instauración de un gobierno sientese la necesidad de crear un movimiento libertario y de dar forma a grupos de actividad que asuman todas las instituciones de carácter cooperativo, a fin de que no sucumban bajo la maquinaria gubernamental. La consigna en Israel es: **descentralización** y organismos populares contra el acaparamiento por el Estado de todas las funciones útiles.

Actualmente hay tres mil policías en Israel. El presupuesto de este cuerpo es tan alto como el de instrucción pública y sanidad. Sería descabido que los israelitas conocieran cabalmente la diferencia y el contraste existente entre las instituciones del Estado y los comunalistas.

Existen en Israel, en la actualidad, varias formas de colectividad que se conocen con los nombres de "Kvutza- Kibutz" y "Moshav-Ovidim". Los Kvutza pueden considerarse como las comunidades más avanzadas. Se componen de un número restringido de miembros (entre 1.100 y 1.200) entre hombres y mujeres con edad para el trabajo. Durante el período preparatorio, los futuros colectivistas aprenden lo esencial del sistema trabajando al lado de los "veteranos" y viviendo en "grupo cerrado". Merced a la vida esencialmente comunal, tienen la posibilidad de adaptarse al ambiente y a la idiosincracia de cada uno. Son necesarias grandes dosis de paciencia, tolerancia e idealismo para lograrlo y se requiere de cada individuo un gran esfuerzo para superar las dificultades inherentes al período preparatorio.

A los miembros de una comunidad no se les reconoce propiedad privada alguna. La propiedad sólo es tolerada en cuanto se refiere a los objetos de uso personal. Todo pertenece, por igual, a todos. El "Kvutza" pertenece a todos y cada miembro tiene derecho a usar de todo en igualdad de condiciones. Nadie puede pretender abrogarse privilegios de ninguna clase. Los trabajos agrícolas son obligatorios para todos y nadie puede sustraerse, excepto los enfermos los ancianos y los niños. Determinados trabajos se realizan por

turnos. Cada miembro recibe una parte igual en la distribución de los productos, vestidos y otros objetos, incluso el tabaco para los fumadores. De esta suerte se cubren las necesidades de todos. Nadie recibe salario y la distribución de herramientas y utensilios se hace de acuerdo con las necesidades, sin tener que pagarlos. La limpieza, el lavado de la ropa, y demás labores caseras corre a cargo de todos. El centro colectivo de atracción es la sala comunal o bien la casa de los niños.

Nadie reprocha al vecino si consume más o trabaja menos o lo hace con lentitud. Nadie puede pretender haber hecho más o haber ganado en mayor escala. Porque son las fuerzas reunidas de toda la colectividad, las que han permitido alcanzar la finalidad deseada.

Las comunidades libres están basadas en la libertad real. Las decisiones se toman en asambleas generales en las que todos intervienen. Lo asuntos delicados y los problemas se resuelven por medio de reuniones frecuentes y los directivos del momento pueden ser destituidos y reemplazados en cualquier instante por la mayoría. Además los derechos del comité Orientador son muy restringidos.

En la "Kvutza" reinan la iniciativa individual y una libertad absoluta, porque toda actividad se basa en el buen sentido y en la buena voluntad de cada uno.

La dirección interna, que al principio era imperfecta, ha mejorado notablemente. Al principio había elecciones para "responsables" todos los meses. En la actualidad las elecciones son anuales. Pero tales elecciones no se llevan a cabo por boletos, sino en asambleas generales en las que todos toman parte.

Así, la vida en común en los "Kvutza" ha facilitado los problemas de dirección de suerte que la confianza y la competencia han reemplazado a la autoridad.

Durante el año pasado, Israel recibió, en visita de estudios, a numerosos grupos de jóvenes judíos de América y de Inglaterra. He aquí lo que escribió el joven Joseph Spivak, de Nueva York, al regresar a su país.

"Existen en Israel grupos que reúnen decenas de miles de adherentes, que fueron allá para crear colonias y establecer una nueva modalidad de vida en ese país salvaje y desértico, que solo tenía una buena cualidad: la ausencia de un gobierno central... Y el único camino que hallaron esos intrépidos colonizadores fué el de crear una organización libre, de absoluta igualdad para todos: **Que nadie explote al prójimo y que cada cual aproveche el fruto de su propio trabajo.**

"Los dos sistemas principales de vida colectiva son: Primero, los "kibutzims" (comunidades libres), y segundo, los "Muschviovdims" (administradores individuales), pero ambas creadas sobre bases cooperativistas.

"Los "Kibutzims" son agrupaciones que trabajan en conjunto, viven en las mismas condiciones y gozan de manera igual del fruto

de su trabajo. Nadie maneja dinero líquido ni cobra por su labor, desde el administrador principal hasta el más joven obrero de los campos o del taller...

"Todos tienen la misma alimentación, los mismos derechos y deberes, reciben los mismos lotes de provisiones, vestidos, calzado, etc., y tienen las mismas habitaciones, tanto si hay abundancia como penuria."

Pueden hallarse en Israel otros sistemas de vida colectiva bastante distinta de la que acabamos de esbozar. Nos referimos a los "Moschivi Urdim".

En estos importantes grupos cada componente recibe una parcela de tierra, cuyos productos se consideran de propiedad individual. La venta de tales productos permite al miembro de esta organización construirse su propia casa o utilizar el fruto de su trabajo en la forma que crea más conveniente. Conviene hacer observar que nadie tiene derecho a emplear ningún obrero, a fin de eliminar toda posibilidad de que se establezca la explotación humana.

Al lado de este trabajo individual y forzosamente restringido, todas las actividades restantes son cooperativistas: máquinas agrícolas, silo, lecherías, almacenes donde se adquiere todo lo de uso personal, etc. La tierra es propiedad común, incluso aquella en la que se hayan construido las casas individuales.

De esta suerte, el que quiera vender "su" propiedad no puede fijar el precio. Solamente el Comité administrativo puede decidir, teniendo en cuenta el valor de la casa, de los utensilios, etc., pero nunca el de la tierra.

La yuxtaposición del trabajo individual a la producción cooperativista constituye un nuevo aspecto de los esfuerzos y ensayos que se realizan para perfeccionar las relaciones sociales, así como para atraer a aquellos individuos a quienes atomiza un poco el colectivismo integral que se practica en los "kibutzims".

El movimiento "kibutz" fué ideado y establecido hace cuarenta y un años por siete muchachos y una joven. De entonces acá, este movimiento no ha cesado de desarrollarse y ha dejado su huella profunda en toda la vida israelita.

Damos a continuación algunas cifras que dan idea del progreso que ha adquirido el citado movimiento:

1909: Año de su creación.

1920: 13 comunidades con 450 componentes.

1940: 79 comunidades con 22.100 colonos.

1945: 153 comunidades con 41.500 miembros.

1947: 214 comunidades con 61.600 miembros.

El número de comunidades y miembros ha aumentado considerablemente en los últimos tres años, aunque no se ha publicado todavía el censo general. Pero recientemente uno de los fundadores de los "kibutz", Harzt Feld, declaró sin embargo:

"En la actualidad existen 374 colectividades agrícolas basa-

das en la comunidad de la tierra, en el autotrabajo y en la compra y venta colectivas."

Oírele a cada individuo lo que requieran sus necesidades a cambio del rendimiento de cada uno según sus fuerzas y aptitudes, constituye un principio magnífico que es el que ha permitido transformar en bello vergel un desierto árido y que ha rendido positivos resultados cuando todos los sistemas y métodos de colonización habían fracasado.

J. MALINE

Rudolf Rocker y el derecho de asilo

En "The Word", publicación mensual inglesa y órgano del Movimiento de Unión Socialista, correspondiente al mes de abril 1951 se daba la noticia sobre la amenaza de expulsión de los EE. UU. de que están siendo objeto Rudolf Rocker y su compañera Milly Witcop

Si este atentado contra el derecho de asilo, del que tan ampliamente se habla en la Carta de los Derechos del Hombre, llega a tomársele forma de hecho, será una prueba más —la amenaza ya lo significa— del grado de aberración a que han llegado los dirigentes norteamericanos frente a los problemas actuales del mundo.

La personalidad de Rudolf Rocker así como la de su compañera Milly Witcop, son demasiado conocidas para precisar apología de ninguna clase. Sus ya largas vidas, entregadas enteramente a la defensa de la libertad de los hombres, son el más expreso exponente de su derecho a permanecer en cualquiera de los países que hoy pretenden defender la libertad.

Es necesario, sin duda, recordar a los hombres que hoy gobiernan los Estados Unidos el hecho de que la oposición de Rocker al totalitarismo bolchevique es en la actualidad la que de más largo tiempo data y la más filosóficamente basada. Poco tiempo había transcurrido después de la revolución de Octubre cuando Rocker tenía ya una posición definida frente a los hombres del Kremlin. Posición que ha sabido sostener a lo largo de tantos años de confusiónismo, mientras los mismos hombres que hoy le amenazan celebraban conferencias con Stalin y estrechaban calurosamente su mano.

Traducimos a continuación una breve biografía de Rudolf Rocker y Milly Witcop, publicada en "The Word" mayo 1951, en la que se detallan los hechos más sobresalientes en la vida de estos infatigables luchadores de la libertad. — Traductor J. C. B.

En "The Word" correspondiente al mes de abril de 1951, E. H. James, escribiendo desde Concord, Mass., bajo fecha del 19 de Marzo de 1951, llamaba la atención sobre la amenaza de expulsión de los Estados Unidos de que han sido objeto Rudolf Rocker y

Milly Witcop Rocker, quienes habitan en Crompond Colony, N. York. A los Rocker se les ha permitido permanecer en U. S. A. durante 17 años. Vive con ellos su hijo Firmin, artista publicista, quien es ciudadano naturalizado americano. Firmin Rocker nació en Enevay, Londres, hacia 1907.

Rudolf Rocker nació en Mayence, sobre el Rhin, el 25 de Marzo de 1873. Sus padres pertenecían a la clase trabajadora y al morir éstos, siendo él todavía joven, fué internado en un asilo católico de huérfanos. Se escapó dos veces del orfanato y fué internado otras tantas. A la edad de trece años era aprendiz encuadernador y un año más tarde comenzó a leer literatura Social-Demócrata. Permaneció con el encuadernador hasta 1888; y en ese año comenzó sus viajes por el oeste de Europa. En 1891 se hizo anarquista y conoció a Domela Nieuwenhuis. Al siguiente año abandonó Alemania por estar amenazado de encarcelamiento. Se dirigió a París cuando Ravachol, Vaillant, Neury y Caserio se comprometieron en la "propaganda por el hecho". Aquí conoció a Elisée Reclus, Kropotkin, Malatesta, Grave, Faure y Louise Michel. Después que Caserio dio muerte al Presidente Carnot, Rocker fué expulsado de Francia. Se dirigió a Londres. En 1895, comenzó su campaña de propaganda anarquista, en alemán y Yiddish, en el East End londinense.

En Alemania había contraído matrimonio legal pero se había separado de su esposa alemana. Dedito a su contacto en París con mujeres anarquistas rusas, contrajo alianza con Milly Witcop, nacida en Rusia. Ella y sus padres habían sido obligados a abandonar Kíev, donde ella naciera, y estaban viviendo en el East End de Londres.

Después de permanecer tres años en Londres, Rocker decidió ir a los Estados Unidos con Milly Witcop.

El "Sun" de Nueva York, con fecha 29 de mayo de 1898, y bajo el título de "Nuestra Inquisición Inmigratoria", daba cuenta de cómo les fué denegada a Rocker y Milly Witcop, la entrada en los Estados Unidos. Fueron devueltos a Inglaterra sobre el "Chester".

Otra vez en Londres, Rocker comenzó su propaganda anarquista en Yiddish, primero en Leds, más tarde en Londres. Organizó su propaganda, editó prensa en yiddish y consiguió una reputación de hombre de letras.

En enero de 1913, Rocker hizo una jira de conferencias en el Canadá. El "Worker's Friend", de Londres, publicó un interesante comentario de sus conferencias en el Canadá, y en "The Spur" apareció un sumario de las mismas. Hizo grandes "meetings" en Montreal, algunas conferencias sobre sindicalismo y otras sobre "Caracteres en la Literatura", "Nacionalismo y Cultura", etc. Volvió a Londres y actuó en la editorial del "Worker's Friend" yiddish.

Nada sucedió hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. La guerra se declaró en Agosto de 1914 y Rocker fué arrestado en febrero de 1915 por el solo hecho de ser alemán. En Alexandra

Palace fué tratado con mucho respeto y obtuvo considerable fama con sus conferencias literarias.

La libertad de Rocker fué perdida en un "meeting" muy concurrido que se celebró en Mile End Empire, el 4 de abril de 1915. La petición estuvo a cargo de John Turner, Ben Tillet, Herbert Burros, George Lansbury, James O'Gray, M. P., J. Keir Hardie, M. P., y Ramsay Mac Donald, M. P. El movimiento Laborista en general, fuese ortodoxo o pro-británico, sostuvo que Rocker debía ser puesto en libertad. El requerimiento fué hecho en vano. El 8 de Julio de 1916, fué detenida Milly Witcop Rocker en su casa, 3 Dunstan House, Stepney Green. El diario londinense "Evening News" publicó una información sobre el arresto. Fué conducida a la Comisaría de Vine Street y permaneció allí durante seis días. Ni a sus amigos ni a su abogado se les permitió verla hasta que recibió un permiso especial de Scotland Yard. Se la trasladó a Holloway y allí fué tratada como a peigrroso criminal.

El lunes 28 de agosto de 1916 se le hizo comparecer ante el Comité Internacional en Westminster Hall. A nadie se le permitió representarla. Se mencionó a Guy Aldred como a uno de sus cómplices, por el mero hecho de haberse unido libremente con la hermana de Milly. Se le preguntó si Guy Aldred era o no su cuñado, a lo que ella contestó que sí lo era. Entonces la hicieron responsable de un trabajo de Guy Aldred publicado en el "Indian Sociologist" en 1909, en defensa de la libertad de prensa en la India. En ese momento, por supuesto, Milly Witcop nada tenía que ver con ese asunto. El veredicto fué falso y ultrajante. Ella habitaba en Stepney y Aldred en Shepherd's Bush, que entonces, mucho más que ahora, significaba atravesar completamente Londres. Aldred pensaba, hablaba y escribía solamente en inglés. Milly hablaba en ruso, alemán y yiddish más que en inglés. Había cierta amistad y relación social pero no contacto político. Milly Witcop fué internada en Aylesbury Prison.

Rocker salió de su internado en marzo de 1918 para ser deportado a Alemania. Se fugó del tren que lo conducía y llegó a Holanda. Permaneció allí hasta la revolución alemana. A Milly Witcop se le permitió reunirse con él, pero tuvo que tolerar escolta sobre el buque durante su viaje.

Rocker volvió a Alemania y vivió en Neukollen, suburbio berlinés de clase trabajadora. En febrero de 1919 fué arrestado y encarcelado por la policía social-demócrata de Noske, que asesinó a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

En 1934, Rocker llegó a los Estados Unidos donde continuó dando conferencias y hablando de emisora en emisora.

Rocker no entró en U.S.A. ni como un refugiado (siendo así que lo era, puesto que no tenía país) ni como un inmigrante, sino como visitante. Dos hermanas de Milly Witcop viven en los Estados Unidos y su hijo es ciudadano norteamericano. Puesto que se le permitió permanecer allí, con Milly Witcop, durante diez y siete años, y dar conferencias durante esos años en todo el país, la actual antenaza de deportación significa un ultraje.

RESEÑA

"Mono y Esencia"

Cuando, ya mediado el tercer decenio de nuestro siglo, los sueños de emancipación humana y transformación social, tan próximos por un momento a materializarse, se disiparon en muchos escritores, irrumpió entonces en la vida literaria, como motivo permanente, el tema de la evasión fuera de la realidad y de la razón. Para su fuga los literatos adoptaron estilos muy diversos. Los surrealistas se ensimismaron en el subconsciente con vistas a buscar allí su liberación individual. Ciertos autores, D. H. Lawrence por ej., perdieron contacto con lo circunstante sumergiéndose en la naturaleza del hombre, en los movimientos del sexo. Algunos se refugiaron en la religión al igual que T. S. Elliot. Otros se encarronaron con la sociedad blandiendo contra ella su aguda ironía. Aldous Huxley perteneció a esta última clase de escritores. En esta etapa produjo sus magníficos "Contrapunto" y "Los escándalos de Cromie" sátiras del ambiente snob e intelectual de Gran Bretaña, y la novela "Un mundo feliz", escape hacia el futuro en una caricaturesca prefiguración de la sociedad mecanizada del porvenir.

Por segunda vez en su carrera literaria, Aldous Huxley somete ahora la consideración de un mundo imaginario, que su inquieto espíritu entrevió. ¿Que diferente "Mono y esencia" de su primera utopía. De aquél futuro reglamentado, incluso en lo psíquico, pero previsor, rico y feliz, ya nada resta. La guerra, la desintegración atómica ha arrasado la tierra.

Como en "Un mundo feliz", hay también residuos de población primitiva. Pero en el siglo XXII aquellos hombres no son el salvaje, enamorado de los versos de Shakespeare, aislado por su inadaptación a una vida más evolucionada. Son neozelandeses milagrosamente salvados de la acción mortífera de las armas modernas, que vienen a redescubrir las miserias tierras de California esterilizadas por la radioactividad. La guerra ha dado nacimiento a unos hombres degenerados y una sociedad familiar y tiránica. La economía no se sirve ya de una técnica excepcional. Los californianos del siglo XXII no saben más que manejar la maquinaria y consumir únicamente cuanto extraen de las ruinas del mundo desaparecido: el nuestro. Su economía se convierte de minuciosamente planificada en una explotación parasitaria.

A la satisfacción artificial de la libido en "Un mundo feliz" se sustituye una continencia rígida que se desata regularmente en orgías desenfundadas y carnavalescas. En Belial, divinidad sangrienta, campeona del oscurantismo, centra Aldous Huxley toda teleología de la futura sociedad. El culto a Belial trae aparejado la existencia de una clase sacerdotal y la celebración de alucinantes ceremonias sacrificatorias, donde corre a manos llenas sangre humana en señal de purificación.

"Mono y Esencia" y "Un mundo feliz" resultan pues antitéticos. El segundo caricaturiza la sociedad técnicamente progresiva, a la que Huxley opone otro mundo de valores; la sátira sin embargo no entraña una ruptura absoluta con la fe en la noción de progreso. Parecería más bien que un

dejo romántico dictara, a causa de la desaparición de la vida natural y poética, ese libro a la imaginación y al sentimiento de Huxley. "Mono y esencia" es al contrario muy distinto. Huxley arremete aquí con furor y crudamente contra la indiscriminada invasión de la técnica y la soberbia noción de progreso con espíritu muy semejante al que animó a Georges Orwell, Tzvetan y predice el porvenir. Por eso pretende actuar sobre el presente. Así, por boca del archivero de Belial, se refiere en la novela a nuestra hora: "Progreso y Nacionalismo... he aquí las dos grandes ideas que les metió El en la cabeza. El Progreso... la teoría de que Utopía se encuentra a pocos pasos y, pues fines ideales justifican los medios más abominables, tiene uno el privilegio y el deber de robar, engañar, torturar, esclavizar y asesinar a todos los que, en su opinión (que es por definición infalible), obstruyen la marcha adelante hacia el paraíso terrenal. Recuerda aquella frase de Karl Marx: "La fuerza es la comadrona del Progreso." Habría podido, añadir que el "Progreso" es la comadrona de la Fuerza. Doblemente comadrona, pues el progreso tecnológico suministra a la gente instrumentos para una destrucción cada vez más indistinta, mientras que el mito del progreso político y moral sirve de excusa para usar esos medios hasta el límite."

¿Puede asegurarse que Huxley es, frente al futuro, pesimista? Huxley descubre una duplicidad en el ser y en la conducta del hombre, que hace peligrar toda vida:

"La crueldad y la compasión vienen con los cromosomas; todos los hombres son misericordiosos y todos son asesinos. Embesados con los perros, construyen sus Dachaus; incendian ciudades enteras y acarian huérfanos; protestan ruidosamente contra los linchamientos, pero todo por Oakridge; llenos de futura filantropía, pero ahora el N. K. V. D., ¿A quién perseguiremos, por quién sentiremos piedad? Todo depende de las costumbres del momento, de palabras en pulpa de madera, de las rugientes radios, de jardines de infantes comunistas o de primeras comuniones." Pero incluye los versos con palabras de esperanza. "Sólo en el conocimiento de su propia Esencia ha dejado el hombre de ser muchos monos."

Huxley se aleja del nihilismo. Sus últimos libros por el contrario claman por que adoptemos un camino más recto. Ahí están "El fin y los medios", "Eminencia Gris" y "Ciencia, Libertad y Paz". Huxley, lejos ya de su papel de satírico, se ha banderado en una causa, cuyo eje es la preocupación por el hombre—

(*) Aldous Huxley, MONO Y ESENCIA, Editorial Sudamericana, Buenos-Aires, 1951

N. Albornoz

"Geografía del Hambre"

"Geografía del hambre" representa un estudio de gran valor científico sobre las condiciones alimenticias del Brasil. Pero su autor no es sólo un médico de relieve, sino un hombre que vibra en el drama de su tiempo. Por ello, la obra alcanza una notable proyección sociológica. En su singular

densidad, en sus permanentes llamadas como en el lenguaje técnico hay, sin embargo, una claridad magnífica, proveniente de un pensamiento seguro y de una inclinación decidida. El hondo acento de la vida acompaña la metódica penetración del investigador capaz.

Josué de Castro divide la inmensa superficie brasileña en cinco zonas alimentarias: amazónica, nordeste azucarero, sertón del nordeste, centro y sud. De todas ellas, las tres primeras ocupan su preferente atención, ya que las mismas constituyen manchas permanentes en el mapa sombrío del hambre mundial. El estudio proyectado sobre cada una de las regiones no es, desde luego, puramente descriptivo. El autor encara los orígenes de las miserias orgánicas de su pueblo y ansía la superación de los errores, intencionales o no.

La tarea, encarada desde este punto de vista y con la responsabilidad detallada que obliga una reputación científica internacional, no es en verdad ni breve ni sencilla. Todo lo que es fundamental en los dominios de la ecología y la sociología ha sido necesario tenerlo en cuenta. Las condiciones del medio ambiente natural: composición mineral de la tierra, topografía e hidrografía, precipitaciones pluviales, temperatura y humedad, tipos de flora y fauna... Los hechos fundamentales del medio ambiente social: características psicosomáticas, hábitos alimenticios, capacidad de adaptación y modificación, sistemas de cultivo y explotación. Y la historia, la historia de los avances y retrocesos de la estrecha relación del hombre con la tierra.

Pero de Castro reafirma su vasta y meditada cultura llevándonos al centro de cada proceso, demostrándonos cómo el flagelo corrosivo del hambre que enferma al cuerpo y perturba la conducta no es más que el resultado de un proceder absurdo y criminal. A este respecto, nada más ilustrativo que el capítulo dedicado al estudio del nordeste azucarero. En él se destacan patentes las contradicciones de una economía que no se desenvuelve para satisfacer las necesidades humanas, sino para atender las demandas de los lejanos mercados monopolizadores. Todo es sacrificado en aras de la continua expansión de la caña de azúcar: los bosques umbríos, la tierra pródiga, los hombres oprimidos. El monocultivo es como una gangrena que corroe la geografía y la sociedad. La decadencia física de sus poblaciones se acentúa y se hace crónica a medida que los ingenios extienden sus dominios. Y una reacción tan constructiva y pacífica como la de cultivar en las zonas libres algunas plantas alimenticias con qué aliviar el tironeo del hambre, acaba por ser reprimida con el más retrógrado de los procedimientos. La ley prohibirá el cultivo de simples hortalizas, para que reine, absoluta, la caña de azúcar...

Esta obra, por abarcar un área tan importante del continente americano, por afectar a tantos millones de habitantes, resulta de extraordinario valor en los actuales momentos, en que los problemas de la población y de la alimentación aparecen proyectados como fantasmagóricamente sobre el horizonte confuso del mundo.

La misma no debe ser clasificada como "optimista". En ella está presente el realismo común a cualquier disciplina científica, y las limitaciones artificiales como las naturales se señalan con la misma probidad. Pero frente a los inconvenientes se afirma una personalidad constructiva. Cuando el autor estudia la esterilidad de los esfuerzos para vencer la Amazonia misteriosa, revela al su dominio fué imposible a causa de la falta de grupos compactos que lucharan con un sentido social. El inerme hombre solitario, afanoso de fortuna y de dominio, se ha estrellado mil veces contra esa fortaleza de selvas, a causa de su egoísmo.

Pero la Amazonia será utilizada un día, como tantas regiones hostiles. Cuando los individuos comprendan que la vida —no el lento declinar de mo-

ribundos— sólo es posible en la solidaridad social. Cuando no se destruya la tierra, la fauna y la flora a placer de mercaderes y traficantes de guerra. Cuando el dominio planetario para la elevación de nuestra especie se considere como una aventura común, en la que no mandarán los generales ni los propietarios de ingenios...

Los brasileños — como cualquier otro pueblo de la tierra — no sentirán ya la tristeza infinita del hambre, del hambre milenaria y brutal.

J. M.

La escena mundial desde el punto de vista libertario

El "Free Society Group", de Chicago, a fines de 1948, decidió celebrar su vigésimo quinto aniversario publicando un folleto en el que anarquistas de diversa nacionalidad examinaran a la luz de sus ideas varios aspectos del mundo actual. La publicación, proyectada para 1949, se ha retrasado por causas ajenas al Grupo editor, pero al fin ha sido dada a la estampa, y aquí tenemos, bajo el título "The world scene from the libertarian point of view", un bien presentado fascículo de 95 páginas, en papel couché, de cuyo vivo interés dará una idea su índice: "El estado del mundo", por G. P. Maximoff; "Derechos y libertades sociales. Su vital importancia para nosotros", por Rudolph Roder; "Hay que seguir resistiendo", por Fernand Planche; "Podemos permitirnos ser hoy antimilitaristas?", por el Dr. H. Koechlin; "Decadencia moral de nuestra sociedad", por el Dr. Herman Frank; "El difícil camino ante el proletariado", por Manuel Buenacasa; "Debemos defender los derechos democráticos?", por Albert Meltzer; "El anarquismo. Su papel en la lucha mundial", por el Dr. M. Pierrat; "El dilema de los pueblos", por J. García Pradas; "Papel actual de la Iglesia", por George Woodcock; "Anarquismo, anarquía y anarquistas", por David Wieck; "Hasta cuándo podrá sobrevivir el capitalismo?", por M. P. T. Acharya; "El derecho de auto-determinación", por Joseph J. Cohen; "Anarquismo y agricultura", por Gaston Leval; "Capitalismo, totalitarismo y socialismo libertario", por Agustín Souchy; "El Movimiento Libertario desde dentro", por Ismael Martí; "No cabe ahora el pesimismo", por Sam Weiner; "Saludos desde el Japón", por T. Yamaga y S. Ishida; "Decadencia del socialismo político", por Felipe Alaiz; "Veinticinco años de actividad del Grupo Free Society en Chicago", por Boris Yelensky.

Los de esos trabajos son desgraciadamente póstumos, pues en 1950 murieron el Dr. Pierrat, que en París dirigió por muchos años la revista "Plus Loin", y G. P. Maximoff, autor de "The Gaillotine At Work", a cuya memoria a dedicado el fascículo el Grupo Editor, porque de él partió la idea de publicar y precisamente murió cuando se ponía a combinar en un ensayo sus interesantes notas sobre "El estado del mundo", una de las cuales lo presenta así:

"Lo que ocurre ahora es semejante a lo que tuvo lugar hace siglo y medio bajo la influencia de la Revolución Francesa. Entonces, la burguesía desplazó políticamente a la aristocracia imponiendo la igualdad de derechos políticos y la sustitución de la autocracia por el parlamentarismo. Hoy, la burguesía es desplazada por el proletariado, esto es: por una burocracia del proletariado. En el campo de la economía, está siendo desplazada por monopolios de Estado.

"La burguesía no sólo es desplazada sino también físicamente destrui-

da como clase; de aquí que su parlamentarismo sea desplazado por la dictadura. La dictadura, a su vez, dirige sus golpes contra la burguesía y contra la clase trabajadora, porque la última se opone a la creación de una nueva clase burocrática, cuyo intento es imponer la servidumbre estatal. Así como la burguesía no permitió participación ajena en los negocios de Estado, la burocracia la prohíbe. Y mientras superficialmente muestra un disfraz democrático, en realidad robustece su dominio dictatorial de toda la sociedad, revelándola bajo ella en una situación de esclavitud e irresistencia."

El veterano Rodolfo Rocker destaca el valor actual de los derechos y libertades heredados de otros tiempos, que están en peligro ahora, y hace esta advertencia:

"La apremiante llamada del momento pide una decisiva colaboración entre personas de buena voluntad, de todo estrato social, que rechacen la dictadura bajo cualquier forma y disfraz, y que estén dispuestas a defender a brazo partido sus derechos y libertades. Éste es el único modo de reorientar la evolución social hacia nuevos caminos y de construir una recta y sólida vía hacia la universal emancipación. Sin embargo, ante todo hay que procurar reanimar en las masas un intenso deseo de libertad y un sentido de humana dignidad, e incitarlas a resistir toda amenaza a sus propios derechos. Este enfático repudio de la reacción en todas sus formas y fases es, al mismo tiempo, el único medio de evitar una nueva Guerra Mundial y de crear una inteligencia entre los pueblos de todas partes del mundo, sobre la base de la ayuda mutua y de los principios federalistas. En una palabra, la política de poderío de los Gobiernos sólo puede ser frustrada mediante la resistencia de las mismas masas.

"Desgraciadamente, todavía hay muchos espíritus poltrones, que ostensiblemente creen que el sacrificio de los derechos y libertades sociales es indispensable para conseguir la seguridad económica de todos. Tal suposición, no sólo es completamente falaz, como cumplidamente prueban las miserables condiciones económicas de los campesinos y obreros rusos; lo que es peor, conduce a la completa desintegración de la personalidad. Quienes así opinan, que mediten la máxima de Benjamín Franklin: ¿Quién está dispuesto a sacrificar su libertad en pro de su seguridad, no merece la una ni la otra. Para nosotros, en todo caso, sigue en pie el viejo dicho: **El socialismo será libre, o no será en modo alguno!**"

"Difícil es resistir la tentación de difundir las opiniones de este interesante forum mundial anarquista, pero la escasez de espacio nos obliga a darnos por satisfechos con citar unas palabras acerca del anarquismo y del movimiento que por él lucha. Leemos en el artículo del Dr. Pierrot:

"El anarquismo no es un partido político. No puede tener por fin la creación de un sistema social ideal. Su misión es educar al individuo y oponerse a la opresión, a fin de hacer posibles intentos liberadores en todos los campos del progreso, con la esperanza de conseguir la supresión de la desigualdad y la servidumbre, y de alcanzar universal armonía."

En cuanto al Movimiento Libertario, Ismael Martí, ex-director de la "La Protesta", de Buenos Aires, publica un artículo lleno de nuevas ideas, franco, valiente, que vendría divulgar en su texto original — así es que lo tiene el autor—. Martí arremete contra el mesianismo revolucionario, contra las bellas palabras con mayúscula, contra los evangelios apollinados, contra los artículos de la fé, contra los dogmas de catemismo, contra la ciencia revelada y las teorías a medio hacer, para afirmar luego que "lo que nosotros necesitamos son ideas; pero no ideas hábilmente modeladas y pulidas en talleres académicos o bien desgastadas a fuerza de rodar por innumerables cabezas, sino más bien ideas, "Picudas y angulares", como diría Ganiwet; fructíferos pensamientos y fecundas opiniones; ideas jóvenes preñadas de más ideas,

Sólo así terminaremos con los paralíticos y paralizadores dogmas". Y tras mencionar algunas características dadas, según él, al Movimiento Libertario por los devotos de la gimnasia subversiva, exaltados por la idea de que la hora de la Revolución llegaría pronto mediante una huelga general revolucionaria, dice, entre otras cosas, éstas:

"Lo que es de fundamental importancia, por lo tanto, es prescindir de las ilusiones de grandeza que frecuentemente dan lugar a que volvamos la espalda al porvenir. Tenemos que cambiar la fisonomía moral del Movimiento Libertario y arrancarle la característica estampa de lo mesianico y lo violento... Ninguna gran transformación se ha producido en la historia sin haber sido precedida por una larga serie de fundamentales y profundas mutaciones. Todo renacimiento social, sin excepción, es el resultado de especiales condiciones creadas por nuevas corrientes de pensamiento y por una conciencia superior, resultado de rígidas costumbres y de nuevas ideas. No es por medio de grandes tumbos y saltos, sino a fuerza de lento progreso, como hemos logrado avanzar allende el hombre primitivo. Los únicos regímenes "implantados" frecuente y fácilmente por un golpe "milagroso", han sido las dictaduras... Si una revolución ha de poseer contenido emancipador y ser de importancia social, antes ha de realizarse en el corazón y la mente de los hombres que en las formas externas de las agrupaciones humanas. No intentemos poner el carro delante del caballo, o el arado enfrente de los bueyes, ni procuremos alterar el orden natural de las cosas por el mero poder de sugestión de maravillosas utopías. Con tal ingenuidad, nunca descubriremos el nuevo horizonte ni las estrellas que han de guiarnos... He aquí pues, otro mito que debemos dechar: el de la milagrosa revolución que, como la alfombra mágica, ha de transportarnos a la Nueva Sociedad".

Acaso quepa lamentar que tal o cual traducción — especialmente, las de textos españoles, de alguno de los cuales disponemos — es un tanto inexacta, pero el fascículo es muy bueno. And so, we congratulate our comrades of the "Free Society" Group of Chicago on their worthwhile effort to publish "The world scene from the libertarian point of view", and wish them good luck and enthusiasm to superate in the next 25 years the great libertarian work of their previous ones. — La Redacción.

Herbert Read y la significación del Arte

Entre la extensa obra que el escritor inglés Herbert Read viene dedicando a la crítica de arte, destaca este volumen editado por Penguin Books — colección Pelican Books — en 1949 y reeditado en 1950, "El significado del arte" — *The Meaning of Art* —, recopilación y ordenamiento de una serie de trabajos realizados a lo largo de su estudiviosa carrera, es el exponente de la madurez artística a que ha sabido llegar el autor.

Sus opiniones abren, sin duda, un amplio campo al concepto de la belleza artística, a la valorización de una obra de arte, El paralelismo creado, y excesivamente divulgado, entre "hermosura" y "arte" ha venido constituyendo un poderoso obstáculo a la comprensión de la obra artística. Una máscara negra o un ídolo salvaje de Nueva Guinea son indiscutibles obras de arte, a pesar del concepto de fealdad que pueden provocar en muchos de nosotros.

Nuestro concepto de la belleza, demasiado pegado a lo que podríamos llamar hermosa natural, se halla afectado por un problema educacional y costumbrista. En la valorización, de una obra de arte, que Read opina debe

ser considerada como un todo, predomina un conjunto de factores que escapan al instinto y se dirigen directamente a la intuición.

Por lo tanto, Read se separa del análisis, demasiado intelectualizado en todos los casos: "La comprensión de la obra de arte no se debe a una percepción consciente, sino a una aprensión intuitiva". Y añade: "Una obra de arte siempre nos sorprende. Ha producido su efecto en nosotros antes de que teagamos consciencia de su presencia".

Hace un rápido pero agudo estudio del arte de las diversas civilizaciones, y constata que "el arte es un lenguaje internacional que se dirige a los sentidos". Es al mismo tiempo e independientemente, parte integrante de la historia de una civilización.

Preocupa a Read la necesidad de encontrar una definición general del arte. La encuentra, a su concepto, en cierta modificación que efectúa a la que diera Tolstoy: "Evocar en nosotros mismos un sentimiento que se ha experimentado, y habiéndolo evocado en nosotros mismos, transmitir este sentimiento —por medio del movimiento, líneas, colores, sonidos o formas expresadas con palabras— de manera que otros lo experimenten". La modificación consiste en afirmar que la misión del arte no es tanto transmitir ese sentimiento sino expresarlo: "La verdadera función del arte es expresar "sentimiento" y transmitir "comprensión". He aquí, según Herbert Read, la significación del arte.

Este libro, que se ocupa sobre todo de pintura, y en el que se dan definiciones de línea, color, movimiento, composición, etc., se convierte en un verdadero manual, necesario a todo aquel que sienta preocupación por la pintura y las demás manifestaciones artísticas.

I.C.

Seis comunistas de regreso

Un poco tardíamente se ha traducido y publicado en castellano "The God that Failed", verdadero documento sobre la experiencia de los intelectuales en sus contactos con el stalinismo.

Los seis testimonios que en este libro intervienen, Koestler, Silone, Wright, Gide, y Spender se destacaron internacionalmente por su adhesión a Moscú. Se destacan igualmente ahora por su inquina hacia el Kremlin. Su regreso del mito soviético está definitivamente fijado en estas seis confesiones que son, al mismo tiempo, una especie de Hara-Kiri político, con derivaciones distintas, según los hombres.

El primer problema planteado en el libro podría ser el que analiza el fenómeno de **conversión** del intelectual en intelectual comunista. De los testimonios aquí expuestos —y de otros que, aún no figurando en esta antología de desengañados, no son menos expresivos—, se deduce una significativa conclusión: los caminos de la fe en Moscú son múltiples y los creyentes llegan hasta ellos por azares diversos. Pero la experiencia inmediata es común a todos ellos: el intelectual es considerado un paria en el Partido, un ser insolvente y maleable. Este asunto está meridianamente explicado en la pieza de Spender "Les mains sales". La carrera de Hugo, el protagonista, está sembrada de humillaciones. En este sentido, los relatos de Koestler y Wright en el libro que nos ocupa son concluyentes.

Hay que retener otro dato que nos sugieren estas páginas sin desper-

dicio, a medida que avanzamos en su lectura. Si la fe es el móvil principal que induce a estos hombres a aceptar trabajar en el partido comunista, el desengaño significa un dramático desenlace que los arruina espiritualmente. No todos han sufrido ese proceso con la misma intensidad, pero aquellos que se entregaron en cuerpo y alma, como en el caso de Koestler y Wright, ese proceso está patente en su obra. Wright es explícito cuando lo escribe al tener que abandonar el partido: "Porque yo sabía, porque así me lo decía el corazón, que nunca sería capaz de escribir como entonces, nunca podría expresar tal esperanza apasionada, nunca podría sentir con aquella sencillez agudeza los hechos de la vida, nunca podría renovar aquella mi profesión de fe."

En Gide y Spender, esa experiencia es de índole distinta. Su adhesión al comunismo nunca fué absoluta. Spender, durante la guerra civil española, ya demostraba estar a distancia espiritual con el catecismo moscovita. Gide fué un admirador a distancia, desengañado en cuanto puso los pies en Rusia. No sufrió allí la estupidez aguda de que hace gala Koestler cuando nos explica su viaje a través del país de los soviets.

Hay una distinción observable entre los elementos menos "políticos" que adhirieron al comunismo y los que fueron militantes. En los últimos casi siempre la pérdida de la fe se convierte en mala fe, en complejo de frustración y pesimismo (Orwell - Koestler) y en general en la acritud y el cinismo que caracteriza a los trozkistas. Los primeros, menos maledicos moralmente, se recuperaron a través de una labor intelectual depurada y un esfuerzo mental constante hacia la objetividad. Los temperamentos más extravertidos adoptan posturas políticas o literarias típicamente extremistas, como Hemingway y Malraux, apologista de la brutalidad y la fuerza (Tener o no tener) el primero, y gaullista el segundo. Tal vez sea el más patético el caso de Wright, en cuya confesión percibimos móviles más puros, más sentimentales si se quiere, que en las de los demás.

Podrá apreciarse esto que decimos comparando los textos que damos a continuación, coincidentes en el sentido moral del fracaso, pero distintos en los motivos, en las conclusiones y en la conducta personal ulterior.

ARTHUR KOESTLER

"Yo hablaba el ruso bastante bien, pero, aunque viajé solo, tuve pocas ocasiones para practicarlo, excepto con las amistades oficiales; el ciudadano soviético ordinario sabe que el ser visto hablando con un extranjero es tan poco saludable como tocar a un leproso. Los que me hablaban en restaurantes y ferrocarriles utilizaban los clichés estereotipados de la "Pravda" en sus editoriales; se hubiera podido pensar que recitaban trozos de conversación de un libro infantil de texto. Todo esto lo registré con aprobación; era un signo saludable de disciplina revolucionaria y vigilancia bolchevique. Vi los estragos del hambre en 1932-1933 en Ucrania. Hordas de familias andrajosas mendigando en las estaciones de ferrocarril, alzando las mujeres a sus hambrientos retoños hasta las ventanillas, mostrando sus esqueléticas piernas y sus cadavéricas cabezas, como fetos conservados en alcohol; niños con los pies helados mostrando sus dedos a través de destrozadas chancas. Se me dijo que eran "kulaks" que se habían resistido a la colectivización de la tierra y aquí estaba la explicación; eran enemigos del pueblo que preferían mendigar a trabajar. La camarera del Hotel Regina,

en Kharkov, se desmayó desfallecida mientras limpiaba mi habitación. El gerente me explicó que como acababa de llegar del pueblo no tenía todavía su cartilla de racionamiento; también acepté esta explicación... No solamente acepté el hambre como inevitable, sino también la necesidad de prohibir la entrada en el país a los extranjeros, periodistas y publicaciones, y acepté la necesidad de propagar la visión grotescamente falseada de la vida en el mundo capitalista. Al principio me chocó que al terminar una conferencia se me hicieran preguntas como éstas: "¿Cuándo abandonó la prensa burguesa, ¿se le retiró la cartilla de racionamiento y se le expulsó de su habitación?" "¿Cuál es por término medio el número de familias francesas que mueren de hambre?"

Abandoné la Rusia Soviética en otoño de 1933; sin embargo, continué en el Partido cuatro años y medio más, hasta la primavera de 1938. Mi fe había sido fuertemente quebrantada, pero, gracias a mis amortiguadores tardé en darme cuenta del daño. Ciertos acontecimientos extraños y algunos raciocinios internos me ayudaron y retrasaron a la vez mi decisión definitiva."

IGNAZIO SILONE:

"Estas crisis internas (se refiere a las de la Internacional Comunista) tienen lugar en una esfera muy lejana a la mía, por lo cual no me afectaban.

Yo no presumo de esto; por el contrario, trato de explicar la situación. La creciente degeneración de la Internacional Comunista en una tiranía burocrática me llenaba de repulsión y de desagrado, pero había algunas razones importantes para que no me decidiera a romper con ella: Solidaridad con los camaradas muertos o encarcelados, la no existencia en aquella época de otra fuerza antifascista organizada en Italia, la rápida degeneración política, y a veces moral, de los que habían abandonado el comunismo y, finalmente, la ilusión de que la Internacional podría regenerarse por la incorporación del proletariado occidental en el caso de que se produjera una crisis en el régimen soviético.

Entre 1921, 1927 fui, en repetidas ocasiones a Moscú para tomar parte, como miembro de la delegación comunista italiana, en varios congresos y reuniones del Ejecutivo. Lo que más me chocó en los rusos comunistas, incluso en personalidades excepcionales como las de Lenin y Trotsky, era su absoluta incapacidad para discutir lealmente aquellas opiniones que no coincidían con la suya. El adversario, simplemente por atreverse a contradecir, se convertía inmediatamente en un traidor; un oportunista. Un adversario de buena fe es inconcebible en la Rusia comunista... Cuando iba a salir de Moscú, en 1922, Alejandra Kollontaj me dijo: "Si lee usted en los periódicos que Lenin me ha detenido por robar las cucharillas de plata del Kremlin, esto significa que no estoy completamente de acuerdo con él en algún pequeño problema de nuestra política industrial o agrícola"... Al considerar las peripecias por las que pasé he llegado a profundizar en los motivos de mi separación, que son mucho más hondos que los circunstanciales que la produjeron. Pero mi fe en el socialismo, de la cual es testimonio mi vida entera, ha permanecido en mí más viva que nunca."

RICHARD WRIGHT

"A mi izquierda estaba la sección del P. C. de la parte Sur, formados para marchar. —"Ven aquí" —me dijo un antiguo amigo. Avancé hacia él. —"¿No vienes a la manifestación?" —me preguntó. —"He perdido mi unión local" —le dije. —"¿Y eso qué importa? Ven con nosotros" —"No sé" —dije recordando mi visita a las oficinas del Partido y mi situación de enemigo. —"Es el primero de mayo" —me dijo —"únete a nosotros". —"¿Ya sabes que he tenido un lío con el Partido" —le dije. —"No importa. Todo el mundo tiene que ir a la manifestación hoy" —"No sé qué hacer" —dije moviendo la cabeza. "¿Tienes miedo?" —me preguntó. —"Hoy es el primero de Mayo". Me cogió del brazo derecho y me arrastró a su lado. Me quedé allí y le pregunté por su trabajo y por algunos amigos comunes. —"¡Sal de las filas!" —tronó una voz. Me volví. Un comunista blanco, jefe de distrito, Cy Perry, un camarada seco y alto, me miraba. —"Es... que es el primero de mayo y quiero desfilas" —dije. —"Fuera de aquí!" —gritó. No me moví. Quería marcharme, pero luchaban tantos impulsos dentro de mí que no pude obrar. Otro comunista blanco vino a ayudar a Perry. Perry me cogió del cuello de la chaqueta y me arrastró. Me resistí. Traté de librarme. —"¡Soldadme!" dije. Me levantaron en vilo y me sentí impulsado por el aire hasta caer en la acera, parando el golpe con las manos. Me levanté lentamente. Perry y su ayudante me miraban. Los manifestantes, blancos y negros, hacían como si no me conocieran. Yo no podía creer lo que había ocurrido a pesar de que tenía las manos doloridas y sangrantes. Había sufrido un ataque físico y público por parte de comunistas blancos, mientras los comunistas negros lo veían. No pude moverme. Estaba vacío de ideas. Pero me sentía beligerante. Ya era un adulto...

Me dirigí a casa solo, realmente solo, diciéndome que en la inmensidad del poderoso continente americano lo que menos contaba en la vida era el corazón humano, la finalidad menos buscada era la manera de llevar una vida humana. Quizás, pensé, quizás yo pudiera lanzar una luz sobre tanta oscuridad. Lo intentaré, no porque lo quisiera, sino por que si quería vivir no tendría más remedio que hacerlo."

"El Fracaso de un Idolo", U.D.E.L., Buenos Aires, Enero de 1951.



NOTAS

"CRISTO SE DETUVO EN EBOLI"

Pertenece esta novela de Carlo Levi a lo que pudiéramos llamar **testimonios sociales**, pues más que una novela es un crudo testimonio sobre las condiciones de vida, las reacciones psicológicas, las costumbres, las creencias, los odios y los más vehementes deseos de una de las más calcinadas regiones de la Italia meridional.

Narra el autor todo cuanto vivió en los años de confinamiento en aquella región desolada. Su relato es duro, implacable. Sobre aquellos pueblos han pasado generaciones y generaciones sin alterar su inmovilidad soñolienta, su profunda resignación. Siglos de autoridad los han aplastado. El mundo exterior es el Estado, los recaudadores del fisco, los "carabinieri"... La autoridad en sus formas más voraces.

Con esta novela cuya versión castellana llega bastante rezagada sobre la francesa, Levi ganó un puesto de primera fila en la nueva promoción de escritores italianos. Escritor de fibra, su libro es un excelente documento sobre los campesinos italianos, escrito con humanidad y valentía.

UNA BIOGRAFIA DE MAX NETTLAU

En su nuevo libro, "Max Nettlau, el Herodoto de la Anarquía", Rodolfo Rocker nos presenta una vívida imagen del gran historiador del pensamiento libertario. Nadie mejor que Rocker podía acometer ese trabajo. Su biografía da la medida exacta del hombre que fue Nettlau, de su obra inmensa y de la multifructividad de su pensamiento. El celo investigador, paciente y penetrante de Nettlau, aboró con lógica profunda las grandes causas sociales, los hombres que en determinados momentos históricos las representaron, y el fruto de esa obra larga e ininterrumpida hasta su muerte está contenida en su obra, desgraciadamente dispersa.

El trabajo de Rocker es doblemente meritorio por la calidad literaria y la humana emoción que contiene. La fraternal devoción que unía a estas dos grandes figuras del pensamiento libertario queda de manifiesto en esta obra, en la que Rocker ha complementado, como debía ser, al pensador y al hombre. No menos interés que la copiosa bibliografía de nuestro gran desaparecido tiene la exposición anecdótica de su vida, su comportamiento social, sus juicios sobre hombres, cosas y situaciones de nuestro movimiento internacional... De ahí la calidad humana de este libro y su interés para los lectores de lengua castellana.

THE ANARCHIST PRINCE

Con este título, la editorial Boardman, de Londres, ha publicado una obra de George Woodcock e Iván Avakumovic. Se trata de una documentada

CUADERNOS INTERNACIONALES

biografía de Kropotkin, cuya personalidad tiene tanta importancia todavía hoy en Inglaterra. Esa importancia viene siendo puesta de relieve por las frecuentes citas de sus obras, y aún comentarios a las mismas, en intelectuales del relieve de Bertrand Russell y Lewis Mumford.

Woodcock es hoy uno de los escritores de habla inglesa que, con Alex Comfort y Herbert Read, se inclinan hacia el estudio de los problemas literarios, artísticos y sociales desde un punto de mira libertario. Al primero se le debe una de las últimas y más valiosas aportaciones para el estudio de Oscar Wilde; su biografía de Kropotkin es, a la vez que un amplio estudio del gran pensador anarquista, una valoración actual de su importante obra.

Señalemos que el "Times" dedicó las dos primeras páginas de su suplemento literario al análisis crítico de este libro, cuya versión al castellano será de desear.

"Cristo se detuvo en Eboli", por Carlo Levi.— Buenos Aires, 1950.—

"Max Nettlau, el Herodoto de la Anarquía", por Rodolfo Rocker. Traducción de Rodolfo Selke.— México 1950.

"The Anarchist Prince.— A Biographical Study of Peter Kropotkin", por G. Woodcock e I. Avakumovic.— Londres, 1950.

NOTICARIO

* Publicada en Basilea (Suiza), en lengua alemana, hemos recibido una tesis sobre "La Commune", de nuestro compañero y colaborador H. Kochlin, cuyo análisis, dejamos para el próximo número.

* Anuncian desde París la publicación de una vasta y documentada obra sobre historia del movimiento anarquista debida a la pluma de Jean Mallron; esta obra constituye una documentada tesis sobre el movimiento libertario que valió al autor una mención honorífica en La Sorbonne.

* Gerard de Lacaze-Duthiers ha dado al público francés un nuevo libro, "Visages de ce temps", que ha sido muy bien acogido por la crítica literaria de París.

* Alain Sergent, uno de los brillantes autores de "Histoire de l'Anarchie", que lanzaron en 1949 las ediciones "Le Portulan" ha publicado un nuevo libro, "Alexandre Jacob, un anarquiste de la belle époque", que es un intento biográfico bien logrado del anarquista y el medio ambiente de aquel tiempo.

* Se anuncia la inminente aparición de un gran documento social, "La C.N.T. en la Revolución Española", primer volumen de una serie de tres, en cuya redacción han colaborado los más destacados elementos de la C.N.T. de España en el exilio. Esta obra intentará situar la verdadera proyección del movimiento anarquista español en los prolegómenos, en el estallido y en el desenlace de la Revolución de Julio de 1936.



SUMARIO DE ESTE NUMERO:

- Alex Comfort. — Delincuencia y Criminalidad.
Emilio Muse. — La población y los alimentos en el mundo.
Eugen Rulgis. — La Revolución y los Intelectuales.
André Prunier. — A propósito de una pretendida ciencia de la Revolución.
Emilio Ucar. — Roquentin liberado.
J. C. Blanco. — "Los Justos": El fin y los medios.
B. Milla. — Poesía y ejemplo de Miguel Hernández.
Miguel Hernández. — Antes de morir.
Stig Dagerman. — España.
Albert Camus. — Por la libertad de España.
Sergio Romero. — Delincuencia Juvenil.
N. A. — Crisis de la Clase Media.
B. M. N. — La guerra y la política internacional.
J. Maline. — Colectivismo libre en Palestina.
Rudolf Rocker y el derecho de asilo.
N. Albornoz. — "Mono y Esencia"
E. M. — "Geografía del Hambre"
J. G. P. — "La escena mundial desde el punto de vista libertario".
* * * — "Seis comunistas de regreso".
Notas. — "Cristo se detuvo en Eholi". — "Max Nettlau, el Herodoto de la Anarquía" — "The narchist Prince". — Noticario

CUADERNOS INTERNACIONALES puede adquirirse en:

Brasil

RIO DE JANEIRO — Manuel Pérez — Rua Buenos Aires
147 A 2

Cuba

LA HABANA — David Alonso — Apartado N° 368

EE. UU.

NEW YORK — Marcelino García — Box 1 Cooper Station —
New York 3

Francia

PARIS — Le Libertaire — 145 Quai Valmy — Paris X — Li-
brería M. L. E. — 24, Rue Ste. Marthe — Paris X

Inglaterra

LONDON — Freedom Press — 27 Reed Lyon — London
W. C. 1

Suscripción anual (4 números) \$ 2 m/u.

C U A D E R N O S
I N T E R N A C I O N A L E S

COLABORAN:

ALBERT CAMUS — ALEX COM-
FORT — STIG DAGERMAN — CAR-
LO DOGLIO — FONTAINE —
J. GARCIA PRADAS — CRISTOBAL
D. OTERO — J. PEIRATS — HER-
BERT READ — GEORGE WOOD-
COCK — FELIPE ALAIZ —
H. KOECHLIN

\$ 0.60 m|urug.